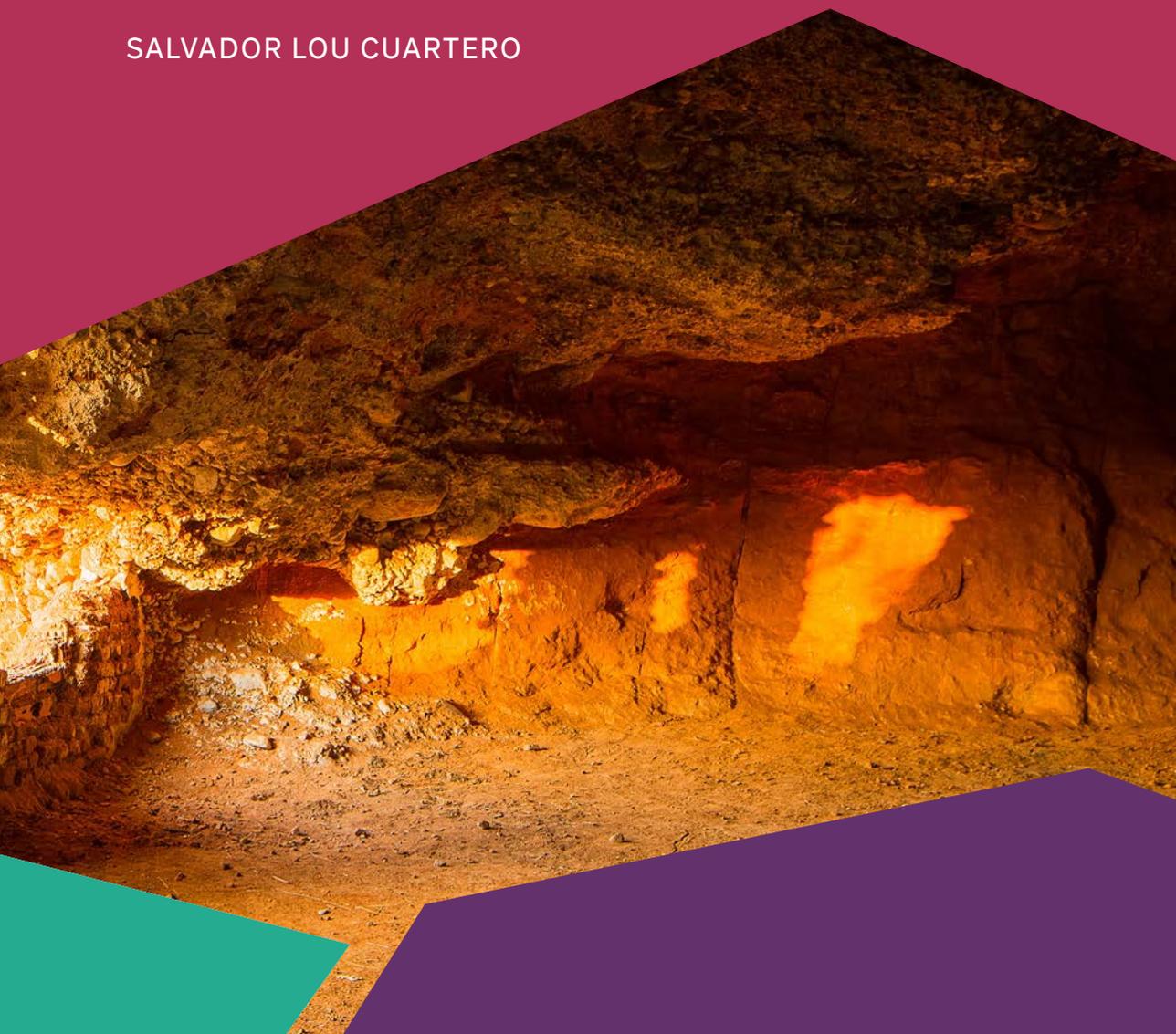


# Las cuevas *de Azuara*

SALVADOR LOU CUARTERO



# Las cuevas *de Azuara*

SALVADOR LOU CUARTERO

Primera edición 2023



© Realiza y coordina: Asociación de Amigos de la Villa Romana La Malena (AVIROMA)

© Diseño: Detalier Estudio Creativo

© Fotografías: Javier Roche Martínez salvo que se indique lo contrario

© Planimetrías y procesado de datos: Grupo GEN Arquitectura

Toma de datos: Gerardo Colay Castro y Diego Río Lafuente

Edita: AVIROMA

Financian: Diputación Provincial de Zaragoza, Ayuntamiento de Azuara, Comarca Campo de Belchite, ADECOBEL, AVIROMA y Universidad de Zaragoza

Maquetación: Prames

Depósito legal: Z 1980-2023

ISBN: 978-84-8321-581-4

Imprime: Bolima

Financian:



**Universidad**  
Zaragoza





## El autor

**Salvador Lou Cuartero, nació en Zaragoza en 1983.** Sus raíces familiares provienen de las localidades próximas a Azuara de Moyuela y Muniesa. Se licenció como historiador en la Universidad de Zaragoza en 2009 y finalizó sus estudios del Máster Interuniversitario en Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona en 2011.

**H**a realizado diversas investigaciones sobre la guerra civil, el franquismo y la Transición, y lleva más de una década trabajando en el ámbito de la divulgación histórica. En 2012 fundó el proyecto itinerarios urbanos Barcelona Rebelde, centrado en la recuperación y revalorización de la historia social de la capital catalana. Ha participado en la compilación, edición y traducción de fuentes históricas de estos períodos, como *La Victoria era Posible* (2014), compilación de los escritos de León Trotsky entre 1930 y 1940.

Ha colaborado también en documentales como *Revolución y guerra civil en España* (2006), del grupo de cineastas argentino Contraimagen o *Durruti: hijo del Pueblo*, de ACATS (2021). Actualmente, combina su pasión y dedicación a la historia con el trabajo como técnico de Educación en el Ayuntamiento del Prat de Llobregat.



# Índice

<b>Presentación</b> .....	9
<b>Introducción</b> .....	13
<b>1 Una primera descripción del conjunto de cuevas</b> .....	15
<b>2 Belikiom:</b> una primera hipótesis de la utilización de la ladera del Cabuchico.....	21
<b>3 El fin de Belikiom</b> .....	25
<b>4 La ocupación romana:</b> cruce de caminos y su posible relación con las villae autárquicas .....	26
<b>5 La etapa visigoda:</b> un largo vacío histórico.....	29
<b>6 La Zwara bereber:</b> los espacios de socialización y culto colectivo en las faldas de las cuevas .....	31
<b>7 La Azuara cristiana:</b> una vida intramuros.....	34
<b>8 Los bienes del común</b> como pieza clave de la economía de subsistencia campesina.....	36

<b>9</b>	<b>La expansión demográfica</b> , el poblamiento del Cabuchico y las cuevas como parte de una economía campesina en ascenso .....	39
<b>10</b>	<b>La cueva era de mis abuelos:</b> un derecho consuetudinario que sobrevive al nuevo marco legal del liberalismo.....	42
<b>11</b>	<b>La Azuara de comienzos del siglo XX:</b> el papel de las cuevas en la nueva economía campesina.....	45
<b>12</b>	<b>Bodegas y vino</b> .....	47
<b>13</b>	<b>El paréntesis bélico:</b> refugios, funciones militares y hospital de campaña.....	53
<b>14</b>	<b>Aperos, mulas y champiñones:</b> otros usos que nos hablan de la crisis y transformación de la economía campesina.....	58
<b>15</b>	<b>Aires de cambio soplan desde las cuevas:</b> la Comuna de Azuara.....	60
<b>16</b>	<b>La merienda:</b> no solo de pan (ni de vino) vive el hombre .....	63
<b>17</b>	<b>A modo de conclusión</b> .....	66
	<b>Notas al pie</b> .....	70
	<b>Mapa de las cuevas</b> .....	72
	<b>Anexos del mapa</b> .....	74



# Presentación

Era el año 2018 cuando el proyecto HAZAL comenzó a dar sus primeros pasos en Azuara. Conscientes del gran papel que la activación del patrimonio podría tener en el desarrollo futuro del pueblo, AVIROMA implantó un inédito sistema de gestión que a día de hoy está suscitando gran interés en territorios con circunstancias comparables.

Este sistema hace posible una administración versátil, flexible y colaborativa del patrimonio, en la que todos los agentes que componen la sociedad son apelados a la participación. Un gran número de las actuaciones llevadas a cabo estos años, ha consistido en el registro e investigación de unidades patrimoniales en riesgo de conservación. Hoy os presentamos la primera investigación con carácter divulgativo del proyecto HAZAL, las cuevas de Azuara, a la que se sumarán en el futuro otras muchas más.

«Las Peñicas», son el telón de fondo del núcleo urbano de Azuara. Allí acaba la mirada cuando un azuarino levanta la cabeza. Y en ellas, caminando junto a sus cuevas, todos hemos encontrado ese lugar desde donde mirarnos, y tal vez desde donde comprendernos como pueblo. Las cuevas nos han acompañado a lo largo de nuestra historia, y debido a la gran cantidad de ellas, y a los diversos usos que han albergado, son uno de los bienes patrimoniales con más enraizamiento en la comunidad.

## El objetivo: la activación de las cuevas

El objetivo de esta investigación, iniciativa de la asociación Amigos de la Villa Romana

de La Malena (AVIROMA), es activar este elemento del patrimonio de Azuara. Se pretende recuperarlo, empezando por conocerlo y darlo a conocer, con la confianza de que su revalorización social animará a intervenciones de mayor calado por parte de las diferentes administraciones. Aspectos como su conservación, adecuación, mejora de su accesibilidad, su promoción, divulgación e incluso la regularización de su uso, serán pasos fundamentales en el proceso de recuperación.

Se persigue por tanto la activación de este bien patrimonial en su vertiente cultural, y también social y económica, para sumarse como motor dinamizador del municipio y fortalecer los lazos de pertinencia.

## El ámbito de estudio

La mayoría de cuevas existentes en Azuara se sitúa en el escarpe montañoso frente al núcleo urbano de la localidad. Este grupo de cuevas vecinas que comparte un mismo camino y lugar, ha tenido una gran actividad conocida, y dispone de elementos característicos compartidos que junto con la cercanía al núcleo urbano, permiten establecer un relato común a todas ellas.

Quedan fuera del presente trabajo aquellas cuevas ubicadas en otras áreas del término municipal, a las que aun así, les son extrapolables muchas de las conclusiones vertidas en este trabajo. Merece la pena nombrar algunos ejemplos conocidos como la cueva de Torroba junto a la carretera de Fuentetodos, o la cueva del Gitano próxima al pantano de Azuara. Trabajo a parte merecerán los caños y bodegas ubicadas dentro del núcleo urbano.

Se han considerado un total de 79 cuevas en este estudio, que para mejor operatividad hemos dividido en dos grupos, según quedan en el sector este o en el oeste de la vaguada correspondiente a la carretera de Moyuela. Su numeración comienza desde el barrio del Cabuchico en los dos grupos, dotándoles de códigos como por ejemplo: E01, E02, E03... etc. u O01, O02, O03... etc. según su ubicación se vaya alejando de dicho punto.

De las 28 cuevas localizadas en el sector este, 5 se encuentran en la misma pared de la montaña sin vía de acceso. De las restantes, se han podido tomar datos completos de 18 de ellas.

Las 51 cuevas localizadas en el sector oeste, se dividen a su vez en dos grupos claramente diferenciados: las 29 situadas antes del promontorio rocoso denominado como la perrita Marilyn, y las 22 situadas tras pasar este punto. Este segundo grupo presenta mayores problemas de accesibilidad, se encuentra en la actualidad en peor estado de conservación o total abandono, y no posee apenas elementos interiores que demuestren su utilización continuada reciente, a salvedad de los restos de encalados en las paredes interiores y de zonas ennegrecidas por la existencia de fuegos en algunos casos. De las 29 que componen el primer grupo, se han podido tomar datos completos de 25 de ellas.

En resumen, son 79 cuevas las registradas (28 este y 51 oeste), concentrándose el ámbito del



*Vista aérea de las cuevas. Sector este al fondo y sector oeste en primer plano.*

estudio en 57 de ellas (28 este y 29 oeste), y habiendo realizado toma de datos completa de 43 (18 este y 25 oeste), y planimetría de 41 (18 este y 23 oeste). Las estadísticas incluidas en esta investigación, aclaran previamente cuál de estas cifras toman como referencia.

*Ver mapa en páginas 16-17.*

### **Metodología y proceso de trabajo**

La metodología de trabajo para el registro e investigación de las cuevas, ha seguido el mismo esquema que el establecido para el resto de unidades patrimoniales del proyecto HAZAL. Sin embargo, el gran número de cuevas existentes, ha complejizado enormemente la toma de información y la coordinación de los diferentes trabajos, que llevan realizándose desde julio de 2020.

El proceso de activación parte siempre de obtener un profundo conocimiento de la unidad patrimonial, y en este caso, se trataba de un bien desconocido, pues no existía un registro previo sobre el número de cuevas, sobre sus propietarios, sus características o su ubicación. Por ello, en primer lugar el trabajo de campo consistió en la identificación de todas las cuevas existentes, la adjudicación códigos a cada una de ellas y la acotación del ámbito de estudio. Posteriormente, fue imprescindible

el desbroce de algunos accesos y localización de propietarios, trabajo desempeñado con entrega por los vecinos José Antonio Fleta y José Soriano.

En segundo lugar, se elaboró una ficha de toma de datos en colaboración con la historiadora Asunción Urgel, donde quedaban incorporados todos los campos que era necesario recoger para la caracterización de cada cueva. Este modelo de ficha fue utilizado para recoger los datos de 43 cuevas en total, reflejando multitud de características como: denominación, datos del propietario, vía de recepción de la propiedad, uso actual y pasado, accesibilidad, superficie y dimensiones, tipo de fachada, tipos de revestimientos en suelo paredes y techo, elementos interiores de interés, contenido mueble o estado de conservación y riesgos. Además, esta ficha fue complementada con la realización croquis de medición, fotografías, fotogrametrías y entrevistas con los propietarios.

Para esta toma de datos fue imprescindible la participación de dos estudiantes de arquitectura, que fueron becados a través del convenio de colaboración firmado entre la Universidad de Zaragoza y AVIROMA en el marco del proyecto de prácticas Campus Rural. El arquitecto y arquitecto técnico Gerardo Colay, natural de Monzón, realizó la toma de datos del sector oeste entre noviembre y diciembre de 2020; mientras que el arquitecto azuarino Diego Río, completó el sector este entre agosto y septiembre de 2021. Ambos, tutorizados por Grupo GEN Arquitectura, recorrieron la montaña a fondo, dibujando con pasión cada detalle, y recogiendo valiosísimos datos que ahora enriquecen esta investigación.

En tercer lugar, una vez identificadas las cuevas que pudieran tener más interés, el fotógrafo azuarino Javier Roche Martínez realizó un extenso reportaje fotográfico entre 2021

y 2022, que ilustra ahora esta publicación, y que facilitará la promoción y divulgación de las cuevas en el futuro. Por otra parte, Grupo GEN Arquitectura coordinó las diferentes acciones entre profesionales, realizó el delineado de los planos de cada cueva, y procesó la información obtenida en las diferentes tomas de datos. Toda la documentación generada (fotografías, planimetrías y fichas de registro), forma parte de un fondo de archivo que complementa a esta publicación, y que está disponible online para su consulta y descarga.

Parte de esta información recopilada, fue expuesta al público en la cueva del Tabaco en abril de 2021, donde se estableció un esperanzador debate entre los más de setenta asistentes sobre el pasado, presente y futuro de las cuevas.

Poco después en mayo de 2021, tuvo lugar un ilusionante encuentro en Azuara de tres proyectos que luchan por la recuperación de sus cuevas: Torrijo de la Cañada representado por la historiadora del arte Tamara Martínez y la geóloga Yolanda Gimeno; Moyuela, representada por el ingeniero y exsubdelegado del Gobierno en Zaragoza José Abadía de la



*Evento presentación de los avances en la investigación de las cuevas.*

Asociación Cultural Arbir Malena; y Azuara, representada por el arquitecto José Javier Corzán de AVIROMA. Se mantuvo un diálogo fluido acerca de los retos comunes de los tres proyectos. Aspectos como la regularización de la propiedad de las cuevas (catastral y registral), su gestión de usos posterior, o la preservación de sus valores patrimoniales, se consensuaron como columna vertebral de los pasos futuros hacia su puesta en valor.

Finalmente, el historiador Salvador Lou ha sido el encargado de realizar la investigación histórica de las cuevas, y de ordenar e interpretar en un atractivo y elocuente discurso la información recopilada. Para ello, ha realizado entrevistas orales con propietarios y vecinos, ha consultado bibliografía, fondos documentales privados y archivos... todo para avanzar una sólida hipótesis interpretativa del papel de las cuevas a lo largo de la historia de Azuara.

### Agradecimientos

El desarrollo de este proyecto ha sido posible gracias a la participación y empeño de un amplio abanico de personas y entidades. Desde AVIROMA, queremos transmitir nuestro agradecimiento en primer lugar a todos los propietarios de cuevas, por su amabilidad al abrirnos sus puertas, y por su disposición al atender a las entrevistas y a las tomas de datos. Gracias también a todos los vecinos que de forma enérgica han colaborado en la localización de propietarios, limpieza de accesos y facilitación de información y documentos para la investigación. Y por supuesto, gracias a todos los profesionales que han participado en el proyecto, pues su gran implicación ha sido inspiradora para todos.

Por último, trasladamos nuestro agradecimiento a las entidades que han financiado el proyecto durante estos 3 años de recorrido, de la siguiente forma:

- Línea de ayudas LEADER 2014-2020 conforme a la EDLL de ADECOBEL en el marco del Programa de desarrollo rural para Aragón 2014-2020 de Cooperación entre particulares, en 2020. -Investigación y planimetría sector oeste-.
- Ayuntamiento de Azuara, en 2020 -Alojamiento de estudiante-, y en 2021 -Investigación sector este-.
- Comarca Campo de Belchite, en 2021. -Planimetría sector este -.
- Programa Campus Rural promovido por Ministerio para la Transición Ecológica y Reto Demográfico y la Universidad de Zaragoza (a través de CRUE), e ideado por la Cátedra DPZ sobre Despoblación y Creatividad, en 2020 y 2021. -Tomas de datos sectores oeste y este-.
- Ayudas a entidades sin ánimo de lucro para la difusión y la dinamización del patrimonio cultural de la provincia de Zaragoza, de la Diputación provincial de Zaragoza, en 2023. -Diseño, maquetación e impresión-.
- Asociación de Amig@s de la Villa Romana de la Malena (AVIROMA). -Financiación de importes no cubiertos en su totalidad por las diferentes ayudas-.

Esperamos que disfrutes de la amena lectura que Salvador Lou nos regala, y que ésta te acerque a imaginar junto a nosotros, un futuro donde las cuevas vuelven a ser parte de la vida de Azuara. Para ello, asomémonos primero a lo hasta ahora desconocido, y escuchemos atentos las historias que cuenta Azuara, desde el corazón de la montaña, en lo profundo de sus cuevas.

José Javier Corzán  
Arquitecto y Cocordinador del proyecto  
HAZAL de AVIROMA

# Introducción

El presente trabajo es una primera aproximación a la historia detrás del complejo de cuevas de Azuara situadas en la ribera del río Cámaras, sobre la pared del Cabuchico. En esta masa de conglomerados, azuarinos y azuarinas durante décadas, y tal vez siglos, construyeron habitáculos para diferentes usos.

Algunos de estos son conocidos y forman parte de la memoria colectiva de sus habitantes y de quienes tienen aquí parte de sus raíces familiares. Refugios durante la guerra civil, bodegas y espacios de socialización que incluso, algunos de ellos, han llegado hasta nuestros días.

Pero ¿desde cuándo se emplearon?, ¿para qué las hicieron?, ¿qué relación hubo entre las cuevas, la historia general del municipio y la vida de sus habitantes? Son algunas de las preguntas a cuyas respuestas trataremos de acercarnos, aunque sea tentativamente, con esta investigación.

Lamentablemente, la mayor parte de estas oquedades se encuentran en un estado de abandono que pone en peligro su conservación. Otras, en general en manos de familias de la localidad, permanecen con cierta actividad y un mejor mantenimiento. La defensa y conservación de esta pieza patrimonial es fundamental para que lo que puedan contarnos de las raíces de la comunidad azuarina no se pierda entre ruinas.

## El problema de las fuentes de estudio

Para conocer el pasado de las cuevas que hoy conservamos, la principal fuente de conoci-

miento ha sido la historia oral transmitida por sus actuales propietarios y otros vecinos. Hemos podido conversar con Jesús Lahoz, María Jesús Chapartegui, Luís Borque, José Ramón Soriano, José Antonio Fleta, José Román Roche, Ricardo Obón, Francisco Alconchel, Jesús Royo, Gregorio «Barriles», Elena Gorgas, Javier Gorgas, María José Gimeno, Francisco Tirado y María José Bernad. Las conversaciones con ellos nos han dado pistas sobre sus usos y, sobre todo, cómo estos se fueron modificando y adaptando a las transformaciones acaecidas en las últimas décadas en un entorno rural y en vías de despoblación.

Los orígenes exactos de su apertura en las laderas de conglomerado escapan de la memoria viva, por lo que su excavación se retrotrae, al menos, a 3 o 4 generaciones atrás. Los usos, las transformaciones y los sistemas de transmisión, sea por herencia, compra o incluso alquiler, sí que han dejado rastros en testimonios y en algunos documentos privados de un alto interés para esta investigación, no solo por la información que contienen, sino por lo excepcional de su existencia y conservación.

Esta escasez documental se debe a dos grandes razones. El Archivo Municipal y el Registro de la Propiedad de Azuara anterior a 1936 fue destruido en las primeras semanas de la guerra civil.

La revolución social desatada en la retaguardia republicana aragonesa intentaba barrer así con un pasado y un orden social que consideraban injusto y desigual. De entre la documentación que sí hemos podido disponer destacan los pliegos del Archivo Notarial de Belchite. Hemos podido realizar la digitalización y examinar los legajos más antiguos, del siglo XVII, XVIII y XIX, sin encontrar referencias a las cuevas.

La otra razón es la naturaleza de los bienes estudiados. Cuevas horadadas en las laderas de un monte de propiedad pública de las que ni las familias dueñas actuales disponen de títulos de propiedad. Los orígenes de este bien municipal, probablemente en los antiguos comunales, hace que su uso y transmisión se haya basado más en la costumbre que en el derecho. De ahí que la existencia de documentos oficiales y registros sea menos común, o casi inexistente, que lo que ocurre con otros bienes como viviendas o fincas.

La investigación de Encarna Moreno del Rincón sobre los bienes propios y comunes de las corporaciones locales, y su desamortización en la segunda mitad del siglo XIX, nos ha ayudado mucho a entender las raíces de este tipo de propiedad tan particular. También hemos contado con otros documentos y trabajos previos realizadas por investigadores locales que también han arrojado luz sobre algo tan importante como el contexto histórico. De esta manera, hemos podido reconstruir lo que pasaba en Azuara y sus alrededores, para integrar este bien patrimonial en una historia general, aunque sea de forma tentativa a través de hipótesis pendientes de ser corroboradas o refutadas por futuras y necesarias investigaciones arqueológicas e históricas.

Los diferentes censos estudiados de los siglos XIX y XX por el investigador local Miguel Marco; el de 1647 desmenuzado por la investigadora María del Carmen Ansón; los registros

de hemeroteca rescatados por el también investigador local José Román Roche; sus artículos sobre la historia del municipio publicados en el blog «Somos Azuara» – gestionado por el azuarino José Antonio Gimeno – durante años; o las investigaciones sobre la guerra civil en Azuara de Eric Salvador, han sido un gran apoyo para la reconstrucción del marco general histórico.

### Un patrimonio cargado de espíritu de comunidad

La presente investigación tiene, por lo tanto, un carácter inevitable de inacabada y provisoria. Arroja algo más de luz sobre una historia que ha dejado pocas huellas materiales y documentales, pero deja también planteadas nuevas preguntas sobre las que seguir tirando del apasionante hilo de la historia.

Sin embargo, más allá de estas limitaciones, presentamos un relato histórico coherente que puede acercar a los azuarinos, azuarinas y todas aquellas personas interesadas, a conocer este trocito del pasado y el presente.

Las cuevas y su entrono, las laderas del Cabuchico y el cauce del río Cámaras, han sido testigo de diversas actividades económicas, sociales, religiosas y militares de quienes han venido poblando estas tierras desde hace casi 2.500 años. Queremos pues descubrir, no solamente la historia de las cuevas sino, más importante aún, de quienes las abrieron a golpe de pala y cincel, o simplemente las usaron después de recibirlas de generación en generación.

Esperamos haber podido contribuir a la recuperación de una pieza patrimonial de alto valor comunitario. Un testimonio de la vida y la economía campesina, de sus formas de protegerse ante el peligro, de socializar, de celebrar y compartir, que merece la pena ser conocido, valorado y protegido.

# 1.

## Una primera descripción del conjunto de cuevas

**Para la construcción de las cuevas se combina un aprovechamiento de algunas oquedades naturales y el trabajo humano.** En todas encontramos restos de una cuidada excavación sobre el conglomerado para ganarle espacio a la montaña. Los acabados de techos, suelos y paredes, así como la existencia de muros de obra y otras construcciones auxiliares, dejan claro el tratamiento antrópico de estos espacios y una cierta técnica común.

**E**l origen de estas pequeñas obras de construcción e ingeniería civil lo desconocemos. De la misma manera que el sistema de transmisión de su propiedad y usufructo, que analizaremos más adelante, los conocimientos para poder realizarlas han sido parte de un patrimonio cultural traspasado de generación a generación.

En las cuevas examinadas dominan los techos abovedados –en 32 de ellas, 16 del oeste y 16 del este–. Destaca entre ellas la cueva de Víctor Tejero (O17), que tiene una altura de casi 5 metros. Una gran obra de construcción de la que desconocemos su finalidad y que se encuentra en una de las cuevas más grandes, con 120 metros cuadrados de superficie.

Le siguen en cantidad los techos planos –7 en el oeste–, que coinciden con no contar con otras obras o construcciones auxiliares en su interior. También hay dos que conservan el techo en estado natural –O29 y E21– y solo hay una cueva con cielo abierto –E08–, que también tienen un escaso trabajo en el interior y más bien parecen huecos naturales mínimamente acondicionados para su utilización.

En el caso de las cuevas propiedad de Lorenzo y Luis Blasco (O10), María José Chapartegui (O11) y María José Bernad (O15) se combinan



*Bóveda en la cueva de Víctor Tejero.*

techos planos y abovedados. En estos casos se trata de cuevas con mucha intervención. La primera es de las pocas que se habría utilizado como vivienda –junto a las de actualmente propiedad municipal O08 y O23, además de las que fueron parte en de la Comuna de Azuara en la vertiente este– y dispone de divisiones internas de ladrillo y un banco de obra, además de suelo de hormigón. En el caso de la segunda, dispone de fogón, banco de obra y escalera y ha sido utilizada, hasta la actualidad como bodega. La tercera fue remodelada por su propietaria en los años 80 para su utilización como bodega, dispone también de suelo

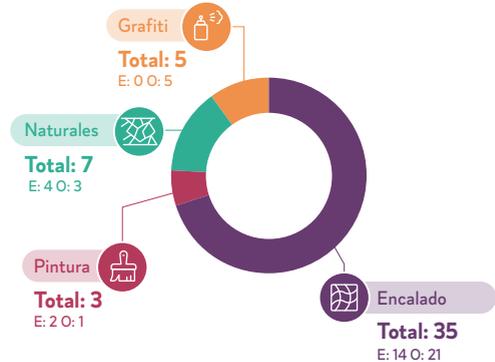
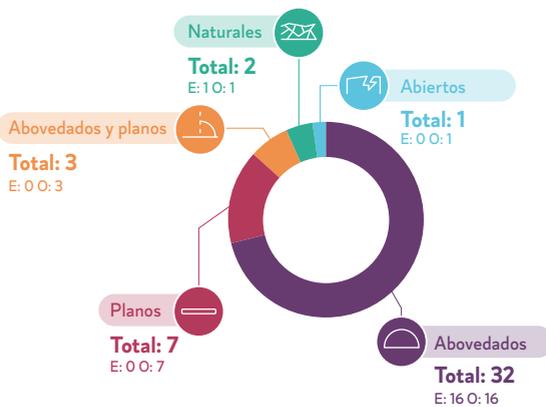
de hormigón y sigue siendo utilizada como espacio de reuniones de forma esporádica hasta la actualidad.

Las paredes cuentan casi en la totalidad de las cuevas con restos de encalado, en 35 de ellas –21 en el oeste y 14 en el este–, o pintura algunas de ellas, como la 008, abandonada y hoy

de propiedad municipal, y las de Javier Gorgas (E14) y Elena Gorgas (E16). Solamente 7 de las estudiadas conservan las paredes naturales, todas ellas en estado de abandono y propiedad del Ayuntamiento. Además, en 5 de ellas –todas en el oeste–, y como huella de la historia y los usos más recientes del conjunto de cuevas, hay restos de grafiti en sus paredes.

## TECHOS

## PAREDES



Izquierda: Pared encalada con grafiti en la cueva de Francisco Alconchel.

Derecha: Suelo natural en la cueva de Jesús La Hoz.

Respecto al tratamiento del suelo los trabajos parecen haber sido menores. Hay 18 cuevas que conservan el suelo natural de tierra –14 en el oeste y 4 en el este–, y la bodega de Jesús La Hoz (007) mantiene incluso la piedra natural.

Entre las cuevas que han realizado algún trabajo del suelo hay variedad de tratamientos. El principal ha sido el de compactar la tierra, algo que observamos en 13 de ellas –4 del oeste y 9 del este–. En otras, en las que se realizaron intervenciones en décadas más recientes, se instalaron suelos de hormigón en 11 de ellas –6 en el oeste y 5 en el este– e incluso una cuenta con revestimiento de baldosas, la de Elena Gorgas (E14).

Además del tratamiento de la oquedad, muchas de las cuevas cuentan con otras construcciones auxiliares creadas para un mejor aprovechamiento del espacio o la protección de la entrada. Este trabajo es mucho más intenso en el conjunto de cuevas del oeste –lo encontramos en 18 de ellas– que en el este –solo aparece en 9–.

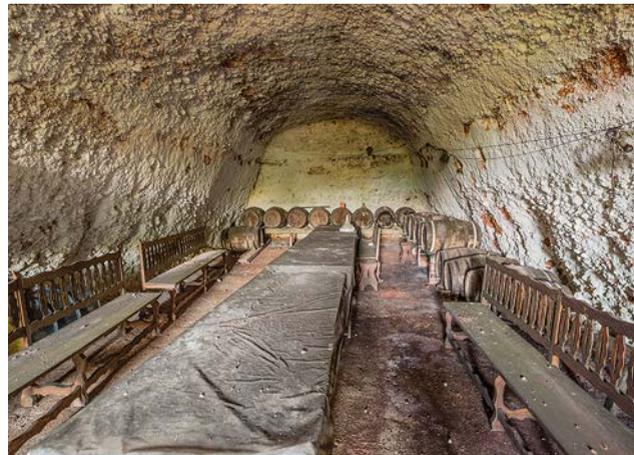
De entre los tipos de estructuras, las más comunes son la fábrica de piedra, contamos con 23 de ellas –14 en el oeste y 9 en el este–. Le siguen las de ladrillo en 6 cuevas –5 en el oeste y 1 en el este– y 2 de adobe –ambas en el oeste–. La cueva de Rodolfo Alcalá (O09) y la del Tabaco (O26) tienen tanto de piedra como de adobe, y la de Francisco Alconchel (O24) y Elena Gorgas (E14) de piedra y ladrillo.

Sobre el acceso en 29 de ellas es un hueco desnudo –14 en el oeste y 15 en el este– y en 20 se conserva algún tipo de puerta –12 en el oeste y 8 en el este–. Además 16 cuentan con huecos de ventana –la mayoría en el oeste, 12 frente a 4– y 9 de ellas con respiraderos en la fachada –5 en el oeste y 4 en el este–.

En su interior encontramos también algunas paredes que habrían servido para dividir las estancias en 5 de ellas –3 en el oeste y 2 en el este– y una buena cantidad de restos de estructuras asociadas a las actividades vinícolas –trujales, cubas, estructuras para apilar toneles– o recreativas –fogones, bancos– que examinaremos cuando abordemos los principales usos dados a las cuevas.

Sobre el tamaño de las cuevas, se han podido tomar las medidas de 41 de ellas. Predominan las que tienen un tamaño entre los 18 y los 50 metros cuadrados, que suman un total de 24. Le sigue un pequeño bloque de 5 de ellas entre los 50 y 80 metros cuadrados – 3 en el oeste y 2 en el este–.

## SUELOS



Suelo de hormigón en la cueva de Jesús Royo.



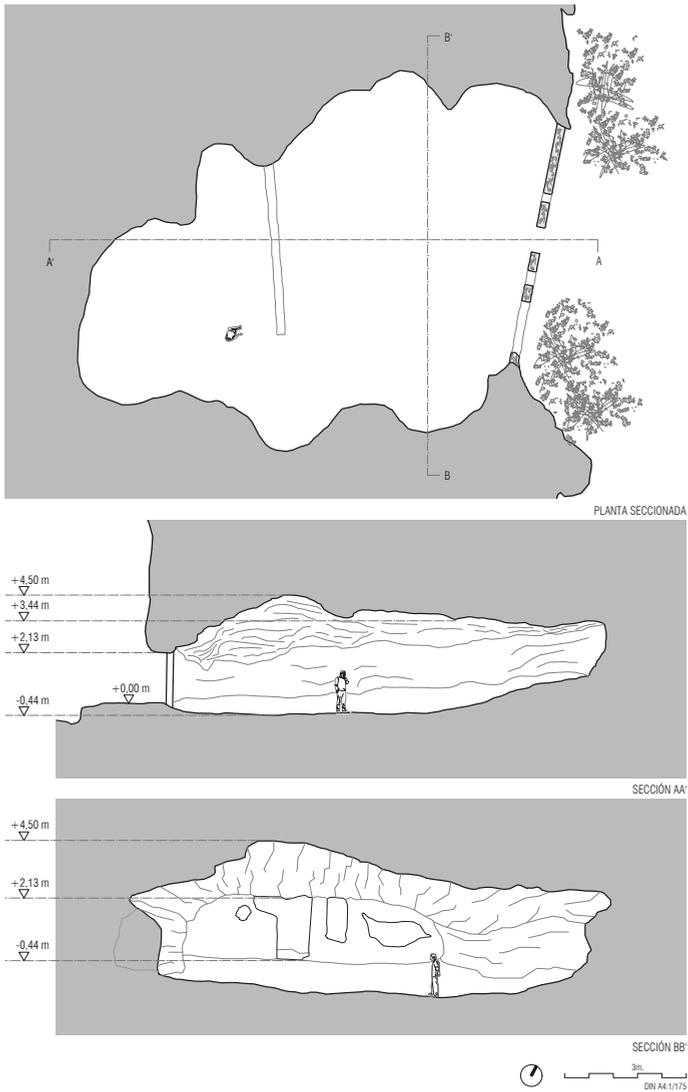
Fábrica de ladrillo, puerta y ventana en la cueva de M.<sup>a</sup> José Bernard.



Acceso con puerta en la cueva de Benjamín Marín.



Acceso sin puerta en la cueva de Javier Gorgas.



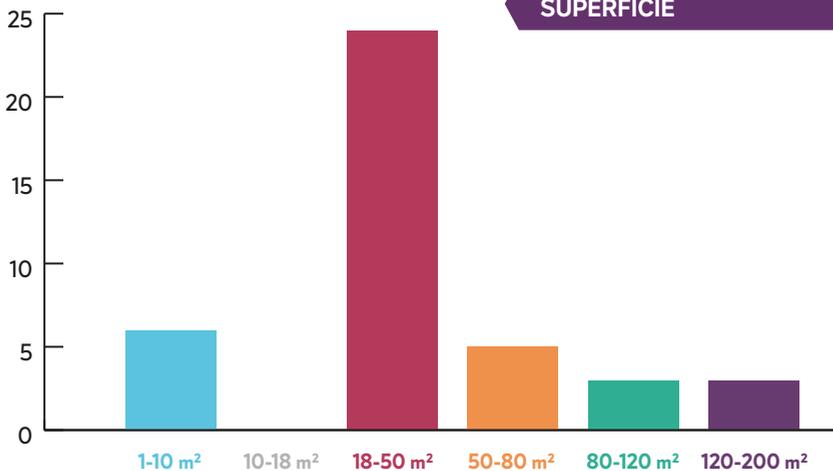
026. Planimetrías de la «Cueva del Tabaco».

Por último, las que tienen unas dimensiones excepcionalmente grandes, la mayoría en la vertiente oeste. Tres de ellas, la O08, O23 –ambas municipales– y la O25 –propiedad de Jesús Royo– están en torno a los 90 metros cuadrados, y las O21 y O17 –propiedad de los hermanos Roche y Víctor Tejero– rondan los 120. La más grande de todas es la cueva del Tabaco, de 204 metros cuadrados de superficie.

En contraposición, contamos con 6 pequeñas oquedades de muy pequeñas dimensiones. Tres de ellas situadas en el oeste, la O02 con 8,3 metros cuadrados, la O04 con 5,1 y la conocida como «El Ojo» (O05), por la forma de su orificio de entrada, con 7,5. Las del este son las más pequeñas del total, con la a la E22, de tan solo 2,4, la E21 de 3,4 y la E23 con 4,3 metros cuadrados. Todas ellas son de propiedad municipal y se encuentran abandonadas.



Cueva «El Ojo».



La anchura que más se repite va entre los 3 y 6 metros, en 28 cuevas, seguida de cerca por las que están entre los 4 y 6,2 metros que suman 23 del total. Aquellas que sobrepasan significativamente estas medidas son las más grandes en superficie también –las mencionadas O08, E23 y E26–, con anchuras en torno a los 12 metros.

Respecto a la profundidad hay mayor variedad. Hay 5 muy poco profundas, entre los 1,4 y 2,5 metros, otras 5 que están entre los 4,5 y 5 metros, 12 entre 5 y 8 metros y 13 que están entre los 3 y más de 11,6 metros. Destacan nuevamente en profundidad las de mayor tamaño –O17, O21, O25 y O26, con entre 17 y 18,4 metros–, pero sobre todo las cuevas de

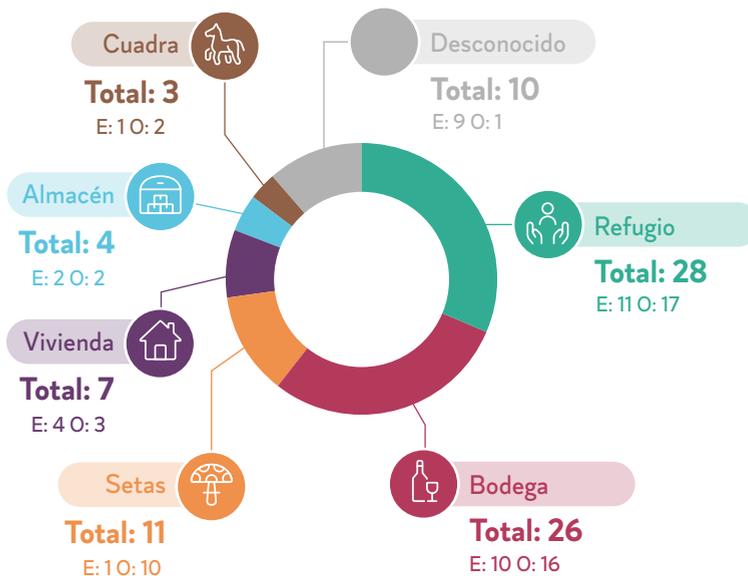
Carod –E01 y E02– con 20,2 y 23,7 metros cavados hacia el interior de la montaña, para solamente 1,8 metros de anchura. Esta forma alargada tiene que ver con el uso de almacén de material de combate y explosivos que recibió durante la guerra, que lo protegía de posibles bombardeos.

La forma más común de las plantas tiende a ser cuadrada –con una proporción aproximada entre anchura y profundidad de 1 a 1 o 1 a 1,5– en 23 de las cuevas. Las formas rectangulares mantienen una proporción aproximada de 1 a 2 en 12 de ellas, de 1 a 4 en 4 de ellas. Salvo

estas últimas que están todas en la vertiente oeste, el resto se distribuyen bastante equitativamente entre ambas.

Por último, la altura de las cuevas es bastante homogénea en todas ellas, en un rango de los 1,8 metros hasta los 3,5 en casi todas ellas. Por debajo tenemos 5 con techos que no superan el metro o metro y medio de altura en las más pequeñas de dimensiones –(O02, O28, E21, E22 y E23– y los techos más altos los encontramos en la impresionante bóveda de la cueva de Víctor Tejedor (O17) que ya mencionamos y en la cueva del Tabaco, con 4,18 metros de altura.

## SUPERFICIE



## 2.

# *Belikiom: una primera hipótesis de la utilización de la ladera del Cabuchico*

**Las primeras noticias del poblamiento de lo que hoy constituye el término municipal de Azuara se remontan al siglo V antes de nuestra era (a.n.e).** La civilización celtíbera se asentó en lo alto del cabezo del Cabuchico, levantando un próspero asentamiento que acabaría conformando en el siglo IV a.n.e una suerte de ciudad-estado.

Tomando los trabajos de Francisco Burillo<sup>1</sup>, sabemos que los romanos, llegados a la península ibérica a finales del siglo III a.n.e, denominaron a este tipo de núcleos urbanos como oppida (oppidum, en singular) En el 179 a.n.e Livio da cuenta de la sumisión de 130 oppida recibidas por Graco. César utilizará este mismo término más tarde, en su Guerra de las Galias, para referirse a una plaza fortificada.

Podríamos tomar como traducción la de recinto amurallado, si bien fueron mucho más que un simple campamento o posición militar. Se trataba de ciudades fortificadas, que hacían al mismo tiempo de núcleo urbano y de fortificación guerrera. En torno a las oppida celtíberas se nucleaban una vasta porción del territorio circundante y otras poblaciones menores que dependían de ella.

Por lo tanto, se trataba de auténticas ciudades-estado que tenían una independencia casi total. Elaboraban sus propias leyes, contaban con sus propios gobernantes, bajas cargas tributarias, establecían o rompían alianzas con otras ciudad-estado y decidían sobre su participación en los distintos conflictos bélicos.

El «oppidum de Azuara», permitiéndonos esta licencia literaria, recibió el nombre de

Belikiom o, en su versión latinizada, Beligiom. Su etimología, según Burillo<sup>2</sup>, hacía referencia a su vinculación con el culto al dios celtíbero Bel y su pertenencia a la etnia de los belos. En el diccionario del patrimonio del Ministerio de Cultura y Deporte se recogen también otros términos que aparecen en diversas fuentes históricas como Belgeda o Beligio.

El pueblo de los belos ocupaba una porción de la Hispania Citerior que incluía desde el sur de las actuales provincias de La Rioja y Burgos, el este de Segovia, el norte de Guadalajara, Cuenca y Valencia, el oeste de Teruel, buena parte de la de Zaragoza y toda la de Soria. Su capital era el oppidum de Sekaisa o Segeda, en la comarca de Calatayud.

Belikiom será una de las pocas ciudades celtíberas que acuñarán moneda de plata, además de la capital Segeda, Celse y Sekeiza. Su ceca<sup>3</sup> acuñará moneda desde finales del siglo II a.n.e. hasta el final de las guerras sertorianas, bajo la leyenda celtibérica de Belikio o Belikiom. Un hecho que daba cuenta de la jerarquía de algunas de estas ciudades respecto a las demás. Si bien no se establecían relaciones de vasallaje o dependencia jurídica, sí que el mayor poder económico, y seguramente militar, les daba una posición de relativa hegemonía.

Otras oppida belas relevantes a la altura del siglo II a.n.e. fueron Nertrobriga (situada entre Ricla, Calatorao y La Almunia de Doña Godina), Bilbilis (cerca de Calatayud) o Contrebia Belaisca (en la actual Botorrita).

Esta «Azuara de los belos» llegó, por tanto, a ser una gran ciudad celtíbera. Tomando en cuenta que la densidad de población de estos núcleos urbanos rondaba los 243 habitantes por hectárea, y que Belikiom llegó a tener una extensión de 10 hectáreas, podríamos estimar en 2.500 habitantes su población en el momento de mayor desarrollo.

Pocos restos hemos podido recuperar todavía de esta ciudad. Uno de los más importantes es una cerámica del siglo I a.n.e. encontrada en la curva del Cabuchico y decorada con hojas de parra, uvas y otras formas geomorfas. Su acabado y la técnica de torno empleada dan cuenta de un considerable desarrollo de la industria cerámica. El segundo es un casco de bronce encontrado en el Piquete de la Atalaya, de entre el 85 y el 77 a.n.e. Este no habría pertenecido a sus habitantes, sino a las fuerzas romanas con las que mantuvieron relaciones de pacto y enfrentamiento, hasta el ataque definitivo en el 79 a.n.e. de las tropas de Pom-

peyo. Ambas piezas se encuentran en el Museo Provincial de Zaragoza.

Tomando las investigaciones de Manuel Salinas<sup>4</sup> sobre los pueblos prerromanos en la península ibérica y el estudio de otros asentamientos ya excavados, como el realizado por el mismo Burillo sobre Segeda<sup>5</sup>, sabemos cuáles eran las características generales de las ciudades celtíberas.

Algunas son constatables en el caso de Belikiom. Como la de estar situada en un terreno elevado, que permitía la mejor defensa y el control del territorio circundante que dominaba. También la proximidad a una fuente de agua, como el río Cámaras, fundamental para la vida.

A día de hoy, los límites exactos de Belikiom, así como su trazado urbano y la naturaleza de los restos que se esconden bajo capas de estratos depositados durante siglos, es un objeto a investigar. La falta de excavaciones e investigaciones de campo hace que esta sea una materia para futuros arqueólogos e historiadores.

Sin embargo, atendiendo a los patrones comunes de los oppida celtíberas, podemos



*Kalathos decorado, Azuara, Segunda Edad del Hierro. Archivo Prames*



*Casco de bronce, Azuara, Segunda Edad del Hierro. Archivo Prames*

pensar que se trataba de una ciudad amurallada, en la que se apiñaban viviendas de planta rectangular en dos grandes bloques con pocos espacios vacíos y divididos por un eje central. A diferencia de las colonias griegas o las ciudades romanas, que comienzan a levantarse en la península a partir del siglo II a.n.e., no solía haber espacios públicos ni monumentales.

Estaríamos ante una sociedad austera, dedicada a las tareas agrícolas y ganaderas, guerrera pero con una estructura social muy igualitaria. Su urbanismo da cuenta de ello, sin apenas muestras de diferenciación social, y lo mismo los ajuares encontrados en sus sepulturas, bastante similares.

Sabemos que tras las llamadas guerras celtíberas, que se prolongaron entre el siglo III y el II a.n.e. entre las tropas de ocupación de la República romana y los pueblos celtíberos de la zona media del Ebro y el norte de la meseta, se estableció un periodo de pax romana<sup>6</sup> en el que la extensión territorial de Belikium se amplió.

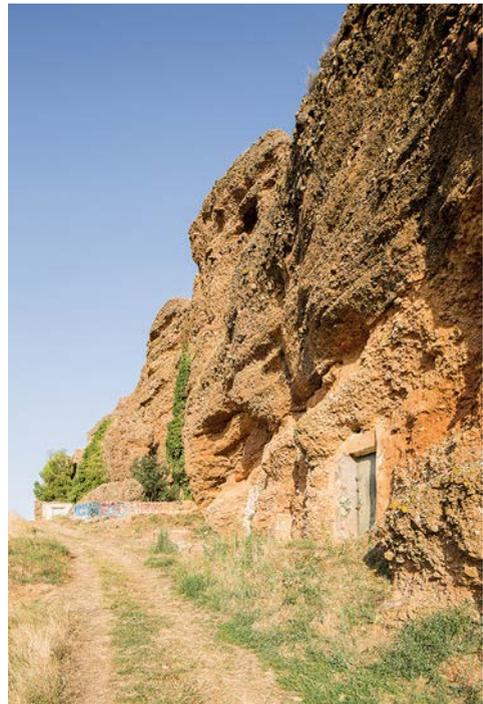
Hay una coincidencia casi exacta de los límites de la ladera donde se encuentran el actual conjunto de cuevas, con las faldas de Belikium en el momento de mayor extensión. Desde el Piquete de la Atalaya, bajo el cual encontramos la llamada cueva del Tabaco, hasta el extremo este de la ciudad celtíbera, bajo la cual tenemos las cuevas que albergaron la Comuna de Azuara en los años 70 del siglo pasado.

Una etapa de relativa estabilidad política que podría haber estimulado el desarrollo económico y la urbanización relativa de las laderas del Cabuchico. En este clima, establecer pequeñas instalaciones industriales extramuros, hubiera sido más viable.

El terreno horadable de sus paredes podría haber sido aprovechado para la construcción

de pequeñas infraestructuras auxiliares de actividades económicas como la producción de cerámica o la metalurgia. Disponer de una rica fuente de agua a apenas unos metros, y de la seguridad de las murallas ladera arriba, pudo haber generado cierta actividad en el entorno que hoy alberga el conjunto de cuevas de la localidad.

Existen algunos indicios recogidos por José Román Roche, que nos permiten formular esta hipótesis. Un paseo por las cuevas del oeste nos permite ver a simple vista algunos restos de edificaciones humanas. La primera y más evidente es el propio camino que permite la entrada a las cuevas. Un corte artificial en la ladera que deja la cuña necesaria para el tránsito de personas y animales. Desconocemos la datación exacta de esta pequeña obra de ingeniería civil, como también el de la acequia que transcurre entre esta vía y el río Cámaras.



Camino y corte de la ladera en el lado Oeste.

Lo que sí podemos observar entre el camino de entrada a las cuevas y esta acequia, en el talud que las separa, son algunos muros de carga de edificaciones ya desaparecidas. La utilización del terreno de conglomerado no necesariamente tuvo que haberse realizado siguiendo las técnicas posteriores que han dado lugar a las actuales cuevas. Bien se podría haber combinado excavaciones en el terreno con la incrustación de muros de obra, para levantar pequeños habitáculos que, muy probablemente, no serían, o no solamente, de uso residencial, sino de trabajo.

En este mismo talud donde se han encontrado también restos de cerámica industrial –es decir no ornamental– y piezas de telares –pesas– que podrían darnos una pista acerca de los usos más antiguos de la ladera oeste de las cuevas. La existencia de restos de cerámica rota en abundancia alrededor de la ermita de San Nicolás, que podrían ser parte de un testar<sup>7</sup>, corroboraría este posible primer uso industrial.

Sabemos que los celtíberos ya emplearon sistemas de regadío, y la importancia económica y política de Belikiom hace plausible que los «belos de Azuara» también supieran aprovechar los recursos hídricos disponibles. La

actual acequia bebe del azud de la localidad, a 2 kilómetros del conjunto de cuevas, y se ha mantenido útil y en funcionamiento hasta nuestros días. El paso de romanos, bereberes y cristianos ha actuado sobre esta infraestructura durante siglos. Este hecho da cuenta de lo idónea de su ubicación y planificación, al tiempo que hace que la datación de sus orígenes sea más complicada o casi imposible.

El aprovechamiento del pase de la acequia para suministrar agua a ceramistas y artesanos textiles, bien podría haber justificado el empleo y las primeras incursiones humanas en las paredes del cabezo. Si este aprovechamiento lo comenzaron los celtíberos, los romanos o la Zuarh bereber, está también por investigarse.

Una excavación, aunque fuera incompleta a modo de testeo, y la datación precisa de las piezas del testar de la ermita y el talud, tal vez podrían arrojar más luz sobre la cuestión. Para la demostración o refutación de esta hipótesis precisaríamos de prospecciones y excavaciones arqueológicas que permitieran que los estratos inferiores y los restos que aparecieran, o la ausencia de los mismos, nos explicaran si también los celtíberos supieron y quisieron usar este valioso recurso ambiental.



*Muro de carga bajo el camino del lado Oeste.*

# 3.

## El fin de Belikiom

**La existencia de Belikiom llegó a su fin entre el año 79 y el 76 a.n.e.** Ocurrió en el marco de las guerras sertorianas<sup>8</sup>, el primer conflicto civil a gran escala de la República romana que se desarrolló, entre otros escenarios, en el valle del Ebro. Una guerra acaecida entre el 82 y el 72 a.n.e. en la península ibérica y que enfrentó al bando de los «populares» de Sertorio, la facción aristocrática que controlaba la capital, y los «optimates», de Sila y Pompeyo.

Sertorio, había sido enviado como pretor en el año 83 a.n.c. a Hispania, donde inicialmente había logrado establecer buenas relaciones con las poblaciones locales. Tras una primera derrota por parte de tropas enviadas desde Roma y su expulsión de Hispania en el 81 a.n.e., consiguió volver e iniciar una potente campaña militar que le llevó a derrotar a los gobernadores de la Hispania Ulterior y Citerior.

En esta campaña, las tropas de Sertorio se hicieron fuertes en el territorio de la Celtiberia, conquistado por sus tropas no sin resistencias importantes de oppidia como Bilbilis o Contrebia Belaisca. Belikiom formaba parte de los dominios sertorianos, y, por lo tanto, pasó a ser uno de los objetivos de las tropas de Pompeyo llegadas a la península en el año 77 a.n.e. Se estima que en el 76 a.n.e. la «Azua de los belos» fue conquistada por las tropas de Pompeyo y reducida a escombros. No se repondrá nunca de la abatida romana.

El destino de su población lo desconocemos con exactitud. Atendiendo a lo sucedido con otros pueblos celtíberos una vez derrotados, las opciones serían el sometimiento por diferentes vías. Los supervivientes podrían haber sido convertidos en esclavos o haberse visto obligados a servir como tropas auxiliares. Lo que sí parece seguro es que, fuera como fuere,

el territorio de la caída Belikiom quedaría durante un largo tiempo sin signos relevantes de poblamiento.

El otrora próspero oppidum celtíbero quedó reducido a escombros sobre los que el paso de los siglos se ha ido acumulando toneladas de tierra, arena y otros sedimentos, a la espera de que la piqueta, el pincel y la pericia de los arqueólogos los retiren y saquen a la luz toda esta historia.

Con la conquista de Hispania de Pompeyo y, en el año 48 a.n.e., de las tropas de Julio César, se estableció como principal asentamiento urbano ordenador del territorio próximo a Azuara la ciudad romana de El Pueyo, cerca del actual Belchite. Era parte del proceso de desaparición de la mayoría de las poblaciones celtíbera que se da bajo el dominio de César y que se acompaña de una reordenación centralizada del territorio.

Se abriría pues un largo periodo de un relativo «vacío histórico», que podemos llevar hasta finales del siglo I, cuando se levanta la villa romana de La Malena. No quiere decir que nada pasase por estos lares en estos más de 150 años. Pero sí que la ausencia de asentamientos estables y de cierta relevancia, así como de referencias en fuentes escritas, hace casi imposible poder reconstruirlo.

# 4.

## *La ocupación romana: cruce de caminos y su posible relación con las villas autárticas*

**Las primeras noticias del poblamiento de lo que hoy constituye el término municipal de Azuara se remontan al siglo V antes de nuestra era (a.n.e).** La civilización celtíbera se asentó en lo alto del cabezo del Cabuchico, levantando un próspero asentamiento que acabaría conformando en el siglo IV a.n.e una suerte de ciudad-estado.

La sociedad romana de la época imperial tiene como epicentros las ciudades romanas, la mayoría de nueva fundación. Esto hacía que el desarrollo del transporte y el comercio para abastecerlas ganara mucho peso. El antiguo territorio de Belikiom, por su ubicación estratégica, tendría así una gran importancia para las comunicaciones de la Hispania imperial.

La tesis doctoral de María Ángeles Magallón<sup>9</sup> sobre la red viaria romana en Aragón sitúa en el entorno de la actual Azuara un importante cruce de caminos. Por aquí transcurrían un tramo de la vía que se extendía junto al Jiloca y el Cámaras, para unirse con la vía Emérita Augusta. Esta misma vía podría haber sido empleada para conectar con otros caminos que desembocarían en urbes tan relevantes como Tarraco y Saguntum. Las laderas que hoy albergan el conjunto de cuevas, habrían visto pasar caravanas, ejércitos y correos, durante las décadas de mayor esplendor de la República y el Imperio romano.

También encontramos en los alrededores de Azuara, muestras del potente desarrollo económico romano llevado adelante entre el siglo I y II, y que tuvo un impacto directo en la mejora significativa de los sistemas de riego.

Es el caso de obras como la presa de Almonacid de la Cuba<sup>10</sup>, que con 34 metros de altura es una de las más altas de las obras romanas de este tipo.

En el campo, se mantuvieron pequeños poblados y aldeas, de los que difícilmente se han conservado restos, y a partir del siglo I comenzaron a proliferar las villas. Se trataba de edificaciones aristocráticas<sup>11</sup> en las que habitarán los grandes propietarios agrícolas y desde las que gestionaban amplias porciones del territorio sostenido con el trabajo esclavo.

Su desarrollo y esplendor avanzó en dirección opuesta al de la del Imperio. Conforme este empezó a padecer más dificultades financieras y militares, el desarrollo de las villas floreció con más vigor. La razón no fue otra que la crisis desatada a partir del siglo III<sup>12</sup>.

Por un lado, la caída del precio de los cereales llevó a muchos medianos propietarios, ciudadanos que en su mayoría habían obtenido tierras como pago por su paso por el ejército, a arruinarse. Solo los más potentados sobrevivieron y se dio así un intenso proceso de concentración de la tierra. El fortalecimiento del latifundio aumentó la desigualdad so-

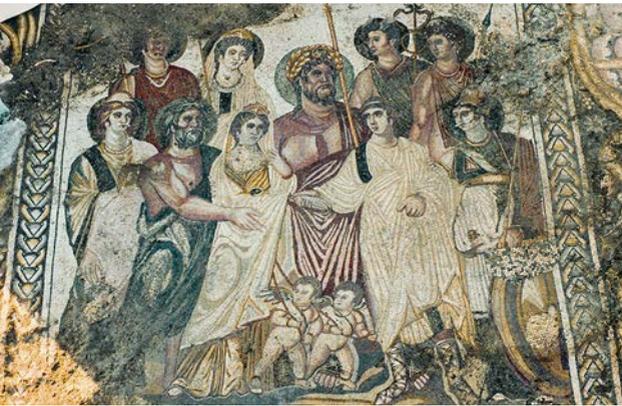
cial entre los ciudadanos libres, hizo caer la productividad agraria y crecer las pulsiones rentistas de una nueva aristocracia ligada a la gran propiedad de la tierra.

Por el otro lado, el Imperio encontró cada vez más problemas para mantener el control de un territorio extensísimo. A partir de este momento y hasta su caída en el año 476, fue hostigado con la llegada de pueblos guerreros procedentes del norte europeo. El coste de la manutención de un amplio ejército ahogó las arcas públicas, y la presión fiscal en las grandes ciudades hizo que muchos aristócratas trasladasen al campo su residencia.

Las modestas residencias rurales del siglo I, pasaron a ser verdaderos palacios, con todo tipo de lujos a la altura del siglo IV. De este tipo

de bellos mosaicos. En la actualidad continúan los trabajos de excavación, recuperación y musealización de esta pieza patrimonial de gran valor.

La mayoría de los mosaicos son de esta época de esplendor de las villas y decadencia imperial. La Malena habría sido construida en la década de los 60 del siglo IV, bajo el mandato del emperador Juliano. La proximidad de las vías romanas que mencionábamos antes la conectaba con las principales urbes. Sería abandonada en el siglo V y sufriría daños en las escenas de sus mosaicos, obra de la censura cristiana contra el paganismo, su ocupación en distintos momentos históricos –como la Guerra de los Pedros en el siglo XIV–, así como el efecto de varias crecidas del río Cámaras.



Mosaico de las bodas de Cadmo y Harmonia durante la excavación. Autor: José Román Roche

de arquitectura, que nos habla también del tipo de poblamiento y de la estructura social de la «Azuara hispanorromana», contamos en las proximidades de la actual localidad, muy cerca del conjunto de cuevas, con un buen testimonio: la villa romana de La Malena.

A partir de su descubrimiento en 1988, las sucesivas campañas de excavación han sacado a la luz un total de 1500 metros cuadrados



Mosaico de las bodas de Cadmo y Harmonia actualmente

El posible uso de las laderas del Cabuchico y, por lo tanto, la posible excavación y empleo de cuevas u otras edificaciones en sus laderas durante la etapa hispanorromana no la podemos descartar. A falta de excavaciones y proyectos de investigación en profundidad, seguimos en el terreno de las hipótesis.

La vida económica del entorno rural dominado desde las villas aristocráticas tenía como prin-

principal actividad la agricultura. El cultivo del cereal y la vid para su transformación en vino eran los dos productos pilares de la economía agraria romana en el valle del Ebro. En general, las villas suministraban estos bienes primarios a las urbes imperiales, y desde ellas recibían los productos manufacturados que se eran fabricados por los talleres y artesanos de las ciudades.

Pero estos bienes también fueron producidos en las proximidades de las villas. Sobre todo, conforme nos adentramos en el siglo III y IV. La decadencia de las ciudades romanas, hostigadas por mayores cargas fiscales y abandonadas por las élites y grandes fortunas, alentó una relativa ruralización de estas industrias.

Muchas villas se convirtieron en autosuficientes. Junto a las residencias aristocráticas en muchas de ellas, muchas veces anexas, se han encontrado pequeñas urbes en las que se disponían bodegas, talleres, establos y las residencias de los esclavos.

No es, en principio, el caso de La Malena. La villa azuarina habría tenido un uso residencial, de una familia aristocrática atendiendo a la riqueza de sus mosaicos, esculturas y ajuares encontrados. Otros investigadores apuntan a que el uso podría haber estado dedicado a actividades de culto religioso.

Lo que no sabemos es donde vivían los esclavos que trabajaban las tierras circundantes y de cuyo trabajo se sostenían las riquezas hoy recuperadas en la Malena. Tampoco de donde procedían las ropas, cerámicas y otros enseres básicos para su trabajo y manutención.

Bien podría ser que los restos de viviendas y otras edificaciones no hayan sobrevivido los siglos, o aún no los hayamos encontrado. También podría haber otras villas descansando bajo los estratos más orientadas a la explotación económica del territorio.

No deja de ser sugerente, para pensar también como hipótesis, si el posible complejo industrial situado en el talud entre el complejo de cuevas del oeste y la acequia, podría haber sido levantado como parte de la actividad económica de esta próspera villa romana. O si simplemente fue reutilizado, retomando el aprovechamiento del terreno y los recursos hídricos ya llevado adelante por los celtíberos.

Pero esta, como la que para los «belos de Azuara», tendrá que esperar a futuras y necesarias investigaciones y trabajos arqueológicos para ser refutada o corroborada.

# 5.

## La etapa visigoda: un largo vacío histórico

**La decadencia de la villa romana de La Malena abre el periodo más extenso de falta de información sobre lo acontecido en lo que hoy conforma el término municipal de Azuara.** A diferencia de la primera etapa hispanorromana, en la que la ausencia de fuentes directas no se corresponde necesariamente con un periodo de decadencia absoluta, esta vez pareciera que sí hay un retroceso significativo, si atendemos al contexto histórico general.

La Malena es abandonada en el siglo V, en pleno derrumbe imperial. El cristianismo se había convertido ya en la religión oficial en el 380, bajo el mandato del emperador Teodosio. En el 392 los obispos consiguieron que se prohibieran otros cultos con la promulgación del Edicto de Milán.

La persecución del paganismo y sus expresiones artísticas dejó huella en algunos de los mosaicos de la villa antes de su decadencia total. Este hostigamiento seguirá en las décadas posteriores, sumándose a la larga lista de causas de la crisis agraria y el despoblamiento de amplias áreas, al ser los campesinos hispanorromanos mayoritariamente ajenos al nuevo culto cristiano.

La ocupación visigoda<sup>13</sup> del valle del Ebro en el 472 se extiende al conjunto de la península para el inicio del siglo VI, cuando este pueblo venido del norte de Europa establece su capital en Toledo. Cesaracosta (Zaragoza) mantiene un rol de gran urbe, con una intensa actividad comercial y la celebración de varios concilios.

La actividad agraria no vive grandes cambios. Esto quiere decir que tampoco se recupera

respecto a la crisis bajoimperial que había dejado amplias zonas poco habitadas e improductivas. Los nuevos gobernantes se quedarán con dos tercios de las propiedades, quedando el restante en manos de la nobleza hispanorromana.

No sabemos qué ocurre con las tierras dependientes de La Malena y las otras posibles villas vecinas, pero el abandono de esta residencia aristocrática bien podría ser expresión de este cambio de manos de las fincas que le habían dado el esplendor de un siglo atrás.

En el entorno pocos son los restos encontrados de la etapa visigoda. Cabe mencionar dos necrópolis, una en La Varella-Castellar (Codo) y otra en La Chanera (Lagata). En la primera se encontraron varios sarcófagos de piedra y un pendiente de bronce que se encuentra en el Museo Provincial de Zaragoza. Sí que sabemos de un mayor número de asentamientos hispano-visigodos en el vecino valle del río Martín, cerca de localidades como Albalate del Arzobispo, Oliete o Ariño.

A partir del siglo VII y VIII se irá generalizando el modo de producción feudal. La tierra, en manos de esta nueva nobleza guerrera mime-

tizada con la anterior, se dividirán en reservas señoriales, cuyos frutos iban directamente a los propietarios y eran trabajados por sus vasallos, y los mansos, trabajados por campesinos que debían entregar parte de sus cosechas por ello.

En el caso de Azuara no conservamos restos de la ocupación visigoda, si es que la hubo. La calidad de las tierras y la proximidad con Ce-

saracosta, hacen pensar que es probable que el fin de las villas romanas diera lugar, como ocurrió en otros territorios, a la aparición de las primeras aldeas campesinas donde vivirían las familias adscritas a los nuevos mansos. Si sobre esta posible primera urbanización medieval no tenemos registro, menos aún sobre cuáles podrían haber sido los usos de territorios y recursos colindantes como es el caso de la ladera del Cabuchico.

## 6.

# La Zvara bereber: los espacios de socialización y culto colectivo en las faldas de las cuevas

**El siglo VIII supuso para el Estado hispanovisigodo un ciclo de crisis y guerras intestinas.** Esto agravó las penurias producidas por epidemias y malas cosechas, al punto de dejarlo extenuado económica y militarmente. Cuando la conquista musulmana llegó al valle del Ebro y a Ceracosta en el 714, la resistencia fue muy poca<sup>14</sup>.

**N**obles y eclesiásticos huyeron hacia el norte, pero en general, las poblaciones preexistentes se mantuvieron. La tolerancia religiosa de los musulmanes para con el cristianismo no repitió episodios de persecución religiosa como los que estos aplicaron contra el paganismo. Los nuevos gobernantes imprimieron un impulso al desarrollo económico y social tras varios siglos de crisis y estancamiento.

Es complejo reconstruir la historia de la ocupación musulmana en el entorno rural, pues no era casi objeto de los cronistas de la época. Conocemos la existencia del iqlim de Belchit (Belchite), una unidad administrativa y fiscal de la Marca Superior<sup>15</sup> del Al-Andalus y que tenía como capital la kura de Saraqusta (Zaragoza). Azuara, a pesar de su proximidad, parece que no se adscribió al iqlim de Belchit, que comprendería gran parte de los territorios entre el río Aguas Vivas y el Cámaras, sino que lo hizo al de Zaydun.

En la actual comarca de Belchite se asentaron diferentes grupos de bereberes, como los nafzawa, lawata y zuwwara, que fundarían respectivamente las localidades de Nepza, Lagata y Azuara. Según los historiadores de

la Universidad de Zaragoza Sesma, Laliena y Utrilla<sup>16</sup>, la denominación de Azuara se explicaría por el nombre del grupo bereber que la fundó, los zuwwara. Otros investigadores relacionan el topónimo con la región libia de Tripoli, Zawara, de la que serían originarios. El nombre de Zwarh, sería la palabra bereber que, arabizada primero y añadiéndole la «a» inicial por los cristianos, terminó dando lugar al de Azuara.

Otros asentamientos de la zona que mantienen toponimia árabe<sup>17</sup>, como Letux o Almonacid de la Cuba, dan cuenta de la intensidad de la iniciativa poblacional y urbanizadora de los musulmanes, interesados en mantener un control firme del entorno rural circundante a Saraqusta.

¿Qué sabemos de la Zwarh bereber? Pocos restos han llegado hasta nuestros días. El más significativo, por su relevancia histórica, es una lápida con una inscripción en árabe donde se puede leer: «Este es el sepulcro de Nasar hijo de Abderrahman muerto en el año 1011». Una valiosa pieza que fue encontrada en las proximidades de la ermita de San Nicolás en 1912 y que se conserva en el Museo Provincial de Zaragoza.

Algunas hipótesis apuntan a que se podría estar señalando a unos de los hijos de Abd al-Rahman III, primer califa omeya de Córdoba entre el 929 y el 961. El mandatario árabe tuvo 16 hijas y 18 hijos, de los que solo 12 llegaron a adultos. Nasar cronológicamente podría ser uno de ellos. Esto confirmaría la importancia de Zuarh como población musulmana.

Otra hipótesis rebajaría el estatus de Nasar al posible hijo de Abderraman al Tuyibi, gobernador de Zaragoza que acabó ejecutado por deslealtad al califa, o tal vez de su sobrino, también llamado Abderraman Tuyibi.

Sea como fuere, el Nasar enterrado en Zuarh era un personaje ilustre, como demuestra la propia existencia de la lápida, algo excepcional y reservado solo a personajes importantes de la sociedad musulmana.

Los restos de las murallas de la localidad datan al menos del siglo XIV, ya bajo el dominio cristiano. Sin embargo, es posible que sus cimientos o trazado sean anteriores. En el siglo XI la Taifa de Zaragoza –el reino de Saraqusta– decidió fortificar muchas de las poblaciones en los iqlim fronterizos con reinos cristianos y musulmanes.

Otros edificios cristianos muy probablemente tengan su origen en edificaciones islámicas pre-existente ya que los cristianos acostumbraban a cristianizar los espacios de culto o civiles musulmanes. Se trataba de una tarea con finalidad uniformadora, pero también de reutilización de infraestructuras y materiales como la que ya se había realizado en el tránsito de la etapa hispanorromana al dominio visigodo.

La localidad fue conquistada por las tropas de Alfonso I en 1118. Entre los posibles edificios cristianizados destacan la ermita

de San José, situada en el lado opuesto del cabezo de La Atalaya, cuyas bases podrían corresponder a una fortaleza monástica.

El monacato no fue una práctica exclusiva del cristianismo durante la etapa medieval. También los musulmanes lo desarrollaron, sobre todo en su vertiente religioso-militar. Se trataría de monjes guerreros, dedicados a la oración y a la vigilancia del territorio desde pequeñas edificaciones amuralladas y provistas de torres de vigía.

La actual iglesia parroquial de Azuara podría estar asentada sobre la antigua mezquita, que siguiendo los criterios generales del urbanismo musulmán, se situaba en el centro del entramado de calles estrechas adaptadas a la orografía.

Una de las torres de la iglesia mudéjar de Nuestra Señora de la Piedad podría también corresponder a un edificio musulmán previo. Así lo considera, el arquitecto Manuel Pinilla: «A pesar de estar aparentemente integrada en el conjunto del edificio hay un elemento en la fábrica mudéjar que llama la atención. Se trata de la torre-contrafuerte situada en el lado del evangelio, junto al crucero barroco. En planta tiene mayor dimensión que las otras tres, estando alineada interiormente con ellas y sobresaliendo hacia el exterior... Todas estas hipótesis se ven reforzadas si además se observa la orientación del eje de la iglesia en dirección Suroeste-Nordeste, orientación que no viene impuesta por condicionantes topográficos o de falta de espacio, sino seguramente, de reutilización del solar (y del alminar) de la antigua mezquita orientada al Sureste».

Desconocemos si la ladera del cabezo siguió empleándose para alguna otra actividad industrial o auxiliar de la ganadería. Pero el entorno de la ermita de San Nicolás que queda a los pies del conjunto de cuevas del oeste,

pudo haber sido un importante espacio de la Zwara musulmana<sup>18</sup>.

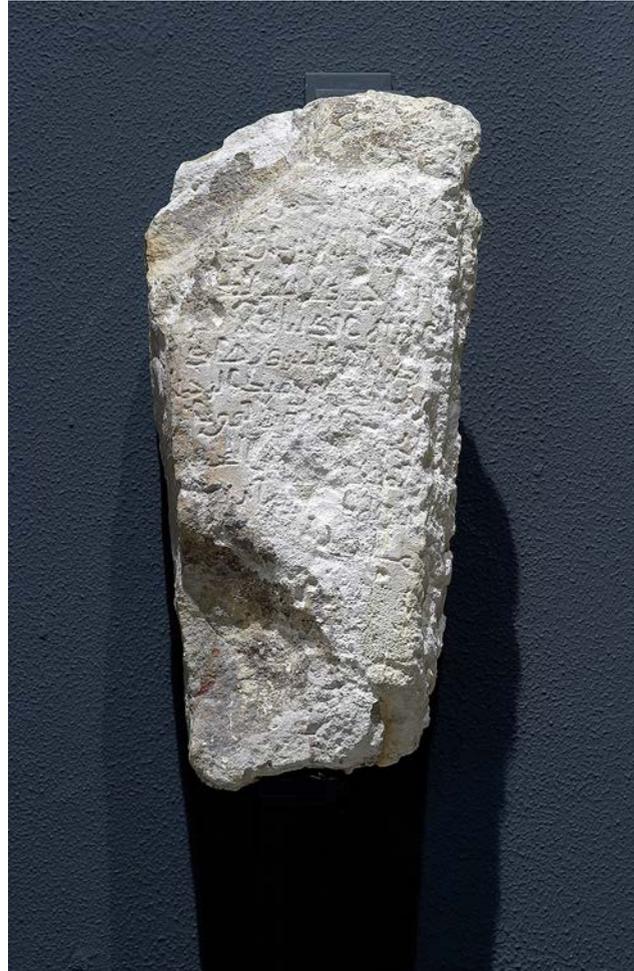
En las ciudades fundadas durante la dominación islámica se solían construir fuera de las murallas o cascos urbanos espacios públicos destinados a la oración y la socialización. Por la orografía del entorno, la cercanía al núcleo urbano y el paso del río Cámaras, pudo haber sido el lugar ideal para el establecimiento de la musalla y la musara.

La musalla era un espacio al aire libre en el que la población podía congregarse, sobre todo en las principales festividades religiosas, para la oración colectiva.

Separada por un muro, en donde se ubicaba el mihrab orientado a La Meca, estaba la musara. Se trataba de un espacio laico, de esparcimiento y recreo, destinado a pasear, celebrar encuentros colectivos y comidas. La cercanía del Cámaras y el terreno bastante llano de esta parte del cauce, convertían a la zona en una orografía amable para estos usos.

Se podría haber empleado el entorno de las actuales cuevas, sobre todo las faldas de la ladera y la plana al otro lado del río, como espacios de congregación para la celebración de actos religiosos, el esparcimiento y el recreo de su población.

El elemento que más hace inclinarnos a que la ubicación de estos espacios fue esta, es que la musalla solía estar próxima a la makbara, el cementerio musulmán. En general, las sepulturas islámicas no suelen señalizarse. Tampoco existe una gran diferenciación social entre difuntos de diferentes clases sociales, ya que su religión no acepta mausoleos de exaltación al difunto. La única licencia en este sentido es la colocación de estelas funerarias a aquellas personas ilustres que han sido enterradas. Es precisamente en esta zona, en



*Museo de Zaragoza. Inscripción funeraria en árabe procedente de la ermita de azuara, siglo XI. Archivo Prames*

la que se encontró en 1912 la citada estela del hijo de Abd al-Rahman.

Por último, la propia edificación de la ermita de San Nicolás en el siglo XII es un testimonio indirecto de que se trataba de una zona representativa y valiosa para los musulmanes, por la práctica de cristianizar los principales espacios musulmanes.

# 7.

## La Azuara cristiana: una vida intramuros

**En 1118 las tropas de Alfonso I entraron en la taifa de Saraqusta.** Con la capitulación de la capital del reino el 11 de diciembre de ese año se entregaron también otras poblaciones de su entorno más inmediato, como Alfajarín, Pina, Mallén, Belchite o la misma Azuara.

**S**i bien las élites musulmanas marcharon en su mayoría a Valencia, quienes trabajaban la tierra se quedaron en sus localidades en régimen de aparcería e irían paulatinamente integrándose en el régimen de vasallaje en las décadas posteriores. Los musulmanes, ahora sometidos a nuevos gobernantes cristianos, pudieron conservar en principio su culto, pasándose a denominar mudéjares, y constituyeron barrios específicos dentro de las localidades, denominadas aljamas<sup>19</sup>.

Sin embargo, en el caso de asentamientos con mayor importancia como localidades musulmanas, la permanencia de la población musulmana es menor<sup>20</sup>. No solo marchan las élites, sino también lo hacen, por voluntad propia u obligadas, parte del campesinado musulmán, pasando así sus tierras –normalmente de las más fértiles y productivas– a manos de propietarios o nuevos pobladores cristianos.

Ese parece haber sido el caso de Zvara, ahora ya sí renombrada como Azuara, que no conservó aljamas de importancia, a diferencia de pueblos vecinos como Letux, Lagata, Almonacid o Belchite. En 1570 Azuara es citada ya como una aldea de cristianos viejos.

Esta situación pudo haber mermado el impacto de otro gran éxodo de población, la expulsión de los moriscos a comienzos del siglo XVII. Los moriscos eran la población mudéjar que habían sido obligados a bautizarse en 1502. Su expulsión bajo el reinado de Felipe III se llevó adelante entre 1609 y 1613, y afectó de forma especial al Reino de Aragón. Algunas localidades perdieron hasta el 80 % de su población, pero no parece haber sido el caso de Azuara.

No aparece entre los «pueblos de moros» en el recuento de fuegos –censo– de 1495, ni tampoco en los diferentes documentos que de 1610 en adelante dan cuenta de los pueblos afectados por las expulsiones. Sí encontramos otras localidades vecinas como Fuendetodos, con 105 expulsados, Letux con 650, Lagata con 705, Codo con 805 o Belchite, con 1550.

Sobre los cambios en el diseño urbano y los usos del espacio, el más significativo del periodo medieval son las murallas. Como decíamos antes, podrían tener su origen antes de la llegada de las tropas cristianas. La Zvara musulmana también podría haber contado con este tipo de recintos por ser la Marca Superior del Al-Ándalus y la posterior taifa de Saraqusta, ambos territorios con alta inestabilidad.

La etapa medieval cristiana se caracteriza por la fortificación de la casi totalidad de villas. Esta era una sociedad en guerra o conflictos permanente, primero contra los reinos musulmanes, pero después entre distintas facciones de la nobleza, entre esta y el poder real o entre diferentes reinos cristianos.

En el siglo XIII se levantaron murallas en muchas villas para protegerse de los enfrentamientos entre ejércitos cristianos. En el siglo XIV se produjo la guerra entre el Reino de Castilla y el Reino de Aragón entre 1356 y 1369. Es la guerra de los Dos Pedros: Pedro I de Castilla y Pedro IV de Aragón.

Este importante conflicto tuvo en Azuara uno de sus escenarios, llegándose a ocupar los restos de la villa de La Malena. La cercanía a los enfrentamientos pudo ser el motor para levantar el recinto amurallado del que hoy aún se conservan algunos tramos.

A esta etapa corresponden también otros emblemas del patrimonio como la ermita de San José o la de San Nicolás a la que nos

referíamos antes. Proyectos de cristianización de espacios musulmanes que, junto a las eras, campos de cultivo y estancias para el ganado, eran de las pocas actividades que quedaban extramuros.

La vida intramuros se intensifica y hace poco probable la existencia de talleres textiles o cerámicos fuera del casco urbano. Sin embargo, el entorno del Cabuchico mantiene actividad económica. En el censo de 1495 aparece el primer molinero azuarino, Colau Salvador, que se ocupaba de esta instalación que era parte de los bienes comunales del municipio, y que estaba acompañada de algunas viviendas vecinas.

Saber si se mantuvo el uso recreativo de esta área como en época musulmana es también difícil. No hay una infraestructura cristiana de este tipo como la musara musulmana, pero la construcción de la ermita de San Nicolás sigue dándole al espacio en las faldas del actual conjunto de cuevas una relevancia en las prácticas religiosas de la nueva localidad cristiana.



*Ermita de San Nicolás de Bari. Románica, siglo XIII. Archivo Prames.*

# 8.

## Los bienes del común como pieza clave de la economía de subsistencia campesina

**Durante la Edad Media y la Edad Moderna se irá constituyendo el marco jurídico y legal que nos permite entender el particular régimen de propiedad del actual conjunto de cuevas.** La sociedad feudal, que en el campo se prolonga en su existencia hasta bien entrado el siglo XIX, organiza el territorio por medio de intrincados sistemas de dependencia, privilegios y obligaciones. La propiedad de la tierra está sujeta a rígidas regulaciones con las que tratará de romper el liberalismo en el siglo XIX.

**A**demás de las amplias extensiones de tierra en manos de señores, cofradías y otras instituciones eclesíásticas, en los distintos municipios ocupan una porción importante, y fundamental para la economía campesina, los bienes comunales. Campos, bosques, dehesas y otros parajes propiedad «del común», de los que el conjunto de los vecinos podía disponer en usufructo, no sin tener que someterse a reglamentos, turnos y otras ordenanzas.

Montes como el Cabuchico, o al menos sus laderas en las que hoy encontramos el conjunto de cuevas, con mucha seguridad han perdurado hasta nuestros días como propiedad municipal como herencia histórica de este tipo de propiedad comunal.

La Azuara cristiana quedó adscrita bien temprano a la Comunidad de Aldeas de Daroca<sup>21</sup>. Esta unidad administrativa tiene su origen en las colonias militares del siglo XII que Alfonso I el Batallador estableció para la defensa de las fronteras del reino. Su sucesor, Ramón Berenguer IV, tiene que asumir la tarea de repoblar Daroca, que había quedado prácticamente despoblada entre 1134 y 1140 debido

a los intensos enfrentamientos con los reinos musulmanes.

La repoblación implicaba la concesión de privilegios –formas de administrar la localidad y un vasto territorio circundante– que resultasen atractivas para los nuevos pobladores. En este extenso territorio se incluyó a Azuara, que hasta ese momento dependían del castrum de Belchite. Las aldeas que conformaban esta Comunidad quedaban pues bajo la protección del Rey y excluidas del señorío feudal.

No dependían así de ningún noble y mantenían entre sí una relación jurídica de igualdad, los mismos fueros y acuerdos de ayuda mutua en caso de guerra. Como Comunidad contaron, hasta los Decretos de Nueva Planta de los Borbones a inicios del siglo XVIII, de una organización judicial, política y social propia. A partir del reinado de Felipe V las Comunidades solo se mantendrán como una corporación económica, hasta su disolución en 1838.

Esto no excluía, sin embargo, que otros estamentos privilegiados contaran con una fuerte presencia y poder económico y social.

Desde nobles propietarios hasta, sobre todo, el estamento eclesiástico. Cuando se produzca la desamortización de los bienes de las diferentes instituciones religiosas con presencia en Azuara, de 1836 en adelante, serán subastados nada menos que un tercio del total de los terrenos de cultivo y huertas de la localidad.

Aun así, ser una aldea sometida al dominio real y no al nobiliar, daba unas condiciones relativamente más ventajosas que las que gozaron las aldeas situadas en señoríos. Más aún si eran parte de Comunidades que mantenían algunos de los privilegios otorgados durante las repoblaciones por ser tierra de frontera. Todo esto daba a las comunidades campesinas y sus instituciones locales una mayor capacidad de control sobre los bienes comunales.

Es larga la lista de abusos de señores y eclesiásticos sobre el uso de bosques, molinos, caminos o puentes. La imposición de cargas fiscales abusivas o la expropiación de facto de estos bienes es motivo durante la Edad Media y la Edad Moderna de una larga lista de resistencias y hasta revueltas campesinas, que en ocasiones llegaban a contar con el apoyo de la Monarquía, no por benevolencia real, sino por el interés del soberano en debilitar el poder de la nobleza.

En el censo de 1647 estudiado por María del Carmen Ansón<sup>22</sup>, incluido en la relación del vecindario del Reino de Aragón de ese mismo año, se da cuenta de unos 160 fuegos en Azuara, los que podrían dar una población de unos 800 habitantes. Más adelante, en las reseñas de Madoz en el siglo XIX, se menciona la existencia de dos o tres molinos harineros, dos batantes y un terreno de cultivo muy fértil y productivo.

La economía principal siguió siendo una agricultura de secano bastante próspera. Según la documentación del siglo XVII hay importantes

cosechas de trigo, cebada, avena, vino y aceite, y se cuenta con una rica huerta de frutas, hortalizas y producción de miel y azafrán.

Entre los comunales más valiosos de la Comunidad de Daroca están las dehesas que servían para la ganadería ovina, que proporcionaba lana, uno de los bienes más dinamizadores del comercio. Azuara es parte de esta próspera actividad. Contaba también con bosques y pinares, que suministraban leña y carbón, y que irían desapareciendo con el paso de las décadas en distintas campañas de roturación.

Estamos pues ante una aldea que, como señala Ansón Calvo «en el siglo XVII era un lugar privilegiado en todos los sentidos. Por su situación geográfica, su economía, su suelo, sus gentes y también por ser parte de una entidad muy privilegiada: la Comunidad de aldeas de Daroca. Era un pueblo probablemente autosuficiente que gozaba de un buen clima, y una saneada economía, lo que hace, junto a los factores expuestos, considerarlo como una aldea privilegiada en el contexto del siglo XVII español».

¿Qué usos se podría haber dado a las laderas donde hoy tenemos el conjunto de cuevas? No aparece referencia a los usos del entorno del Cabuchico hasta el censo de 1755, en el que se recogen 6 viviendas y el molino harinero ya referenciado en el de 1495. No se puede descartar que en torno a este nuevo barrio extramuros, que recibe el mismo nombre que el cabezo, Cabuchico, se pudieran desarrollar otras actividades que hubieran encontrado cobijo o una estancia auxiliar en los agujeros horadados al monte, como la fabricación y almacenamiento del vino, la estabulación del ganado o la guarda de la miel.

Pero también habría otros elementos contextuales que desincentivarían esta ubicación. Seguimos en una aldea y una sociedad que

vive fundamentalmente intramuros, y lo hace vigilando con esmero las murallas y entradas a la localidad. Tanto es así que las cuatro puertas de la localidad no solo tienen una función defensiva, sino también fiscal. Los productos que las atravesaban debían pagar tasas que servían para el mantenimiento de los gastos municipales.

# 9.

## *La expansión demográfica, el poblamiento del Cabuchico y las cuevas como parte de una economía campesina en ascenso*

**Entre finales del siglo XVIII y la década de los años 30 del siglo XIX Azuara y su entorno se vieron azotadas por calamidades nada menores, como la guerra de la Independencia o la primera guerra carlista.** Unos acontecimientos que pueden estar detrás de la relativa decadencia en que se encontraba la localidad en la fecha en que su ayuntamiento emitió, a petición de la Delegación de Fomento de la provincia de Zaragoza, un informe socioeconómico que nos da una fotografía bastante precisa de la situación.

**E**n él se habla de una población total de 480 vecinos, 100 de los cuales serían peones jornaleros del campo y 30 estarían dedicados a la artesanal industria textil de la lana. Se da cuenta también de la plantación de chopos en la ribera y se lamenta de que estos árboles, que protegen los cultivos de las crecidas fluviales, no se sustituyan por frutales y en particular morales, «pues ha habido épocas que se han cogido en este pueblo ocho mil libras de seda».

Es interesante que se haga referencia a una rama textil de alto valor, la de la seda, de la que no hemos encontrado referencia en documentos anteriores. La cría de gusanos bien podría haber sido una actividad propicia a realizarse en cuevas horadadas en el conglomerado del Cabuchico. Pero las dudas sobre ubicar aquí esta posibilidad son las mismas que sobre el resto de actividades económicas. Más todavía en el convulso campo de comienzos del siglo XIX donde la actividad de bandoleros y otros grupos de delincuentes había crecido sustantivamente.

Solo un año más tarde de la elaboración de este informe, y como parte de la primera guerra carlista, Azuara vive un enfrentamiento entre una partida carlista procedente de Ariño y miembros de «Los Urbanos», un ejército de civiles partidarios de la causa liberal. En la descripción que hace el diario Eco del Comercio el 11 de julio, se da cuenta de cómo el grupo de partidarios de Isabel II se niega a entregar las armas a nadie más que al gobierno, y en ningún caso «a las gavillas de ladrones que con distintos pretextos se ocupaban en robar y saquear los pueblos».

Pero lo más interesante del informe del que hablábamos, para el tema que nos ocupa, son las quejas de las autoridades sobre la «decaída» económica y como no mejora «la falta de extracción de las producciones agrícolas». El texto da una serie de razones para explicar esta situación que abonan, en parte, las tesis gubernamentales que animarán las primeras desamortizaciones sobre los bienes de la Iglesia.

Sobre la huerta se lamentan de que la tercera parte pertenece al «Estado Eclesiástico» y que si estas fincas estuviesen «en manos particulares producirían el doble y como no tienen interés directo en ellas, no plantan en sus fronteras chopos, y es causa de que se lleve el río las heredades a los particulares que están inmediatas a sus campos». Además, estas tierras colindantes a las huertas están «gravadas con censos a favor del Estado Eclesiástico con grave perjuicio a la agricultura».

Esta crítica a la propiedad del clero es parte del ambiente que empieza a reinar, en particular en las filas liberales, para terminar con los usos feudales y rígidos de la tierra. Romper con el absolutismo era para muchos de los isabelinos no solo un imperativo ideológico, para lograr un gobierno más justo y acorde a los derechos naturales, sino sobre todo una necesidad económica para potenciar la prosperidad y el desarrollo económico.

Solamente un año más tarde, en 1836, se aprobará la primera gran desamortización, a cargo del ministro de Hacienda Juan Álvarez Mendizabal. Con ella se procedió a la incautación y venta de los bienes inmuebles en manos de monasterios y conventos, es decir, todo el clero regular. Estos fueron agrupados en lotes que salieron a la venta a precios inasequibles para los pequeños propietarios, con lo que quedaron, de forma mayoritaria, en manos de burgueses y nobles que los adquirieron por medio de subastas.

No fue la última de las expropiaciones. Le siguió la de Espartero en 1841, que afectaba a bienes del clero secular, pero quedó derogada tres años más tarde. Después vino la de Pascual Madoz, desarrollada entre 1854 y 1856, y que tuvo un impacto mucho más directo en la vida de los vecinos y vecinas de Azuara y las aldeas campesinas. Su objetivo no fue otro que terminal con gran parte de los comunales

que seguían en manos de ayuntamientos y comunidades.

Los bienes comunales quedaron divididos para su privatización en dos categorías: los propios y los comunes. Los primeros se trataban de fincas propiedad municipal que se trabajaban en régimen de arrendamiento por campesinos particulares, contribuyendo así al mantenimiento de las cuentas de la entidad local. Desde el siglo XV abundan las ordenanzas municipales que regulaban su uso y las condiciones a cumplir por quienes se proponían trabajarlas. Este tipo de bienes comunales fueron desamortizados, es decir vendidos o subastados, en su práctica totalidad.

Algo diferente paso con los denominados comunes. Se trataba de aquellos bienes denominados como «fincas no productivas» destinadas al aprovechamiento común y gratuito de los vecinos. Por regla general estos bienes debían tener el mismo destino que los propios, aunque se incluían algunas excepciones relevantes.

La ley establecía que quedaban por fuera de la desamortización aquellos comunes que resultasen de desinterés para su explotación privada, tuvieran un uso forestal protegido o «aquellos terrenos que son hoy de aprovechamiento común».

Estas excepciones no fueron, sin embargo, aplicadas de oficio por las autoridades. Buena parte de los terrenos comunales fueron incluidos en los lotes de venta, también muchos que eran parte capital de la economía de subsistencia de los vecinos y vecinas. Esto generó un buen número de pleitos judiciales, encabezados por lo general por las corporaciones locales, que obtuvieron bastantes sentencias favorables.

En el caso de Azuara, la tesis doctoral de Encarna Moreno del Rincón sobre la desamorti-

zación de Madoz en la provincia de Zaragoza<sup>23</sup>, da cuenta de la solicitud de su ayuntamiento en 1872 para la exención de algunos comunales privatizados. En concreto se solicitó para los terrenos de Cabezo de María, Barrançal, Algarabitas, Campo Catalán y Monte Blanco. Sin embargo, esta petición fue desestimada en bloque «por no haberla pedido en 1868 ni en el plazo concedido al mismo». Las fincas en cuestión habían sido ya subastadas en 1871, en lotes pequeños adquiridos en su mayoría por vecinos de la localidad.

Representaban el 95 % de los bienes comunales desamortizados, y una tercera parte del total de bienes desamortizados. Los otros dos tercios correspondían a bienes eclesiásticos afectados por la de Mendizabal. Podemos afirmar, con casi toda seguridad, que los terrenos en los que hoy se sitúan el conjunto de cuevas de Azuara, no fueron objeto de subasta ni de pleito alguno. Las laderas de conglomerado y la ribera del río Cámaras por donde transcurre la acequia, quedaron fuera de este proceso de privatización mediante subasta, seguramente por el escaso interés para su explotación privada y el interés público evidente.

La situación del campesinado era realmente difícil a finales del siglo XXI. En 1885 la tercera epidemia de cólera se llevó por delante en pocos meses a 200 vecinos, de una población que, según el censo de 1890, contaba con 2.100 personas. La guerra de Cuba implicó además cargas impositivas extraordinarias, y lo que es peor, que muchos jóvenes tuvieran que enrolarse en el Ejército y marchar a ultramar a combatir por la permanencia de un imperio que hacía décadas hacía aguas. De aquellos padecimientos un azuarino encontró un curioso testimonio en forma de manuscrito oculto tras la pared de su domicilio dentro de una vasija de barro. En este mensaje, fechado en 1897, el autor da cuenta de «que hay trabajo, pero poco pan» y se lamenta de

que «estamos en guerra en la Habana y Filipinas» y «si tienes un hijo o dos tese los llevan de mañana».

A pesar de todo, el municipio vive una relativa explosión demográfica durante la segunda mitad de la centuria que hace que las calles dentro de la muralla se le queden pequeñas. En el censo de 1861 constan por primera vez 2 cuevas en el Cabuchico que hacen la función de pajar, propiedad de Jorge Abas López y Santiago Beltrán Bernad respectivamente. En toda esa misma zona se dan cuenta de otros 16 pajares y 4 eras. Sin embargo, lo limitado del espacio hace plausible que parte de esos pajares no fueran edificaciones sino otras cuevas que no habían sido censadas como tales.

El censo de 1890 da cuenta de la construcción de nuevas viviendas extramuros y del crecimiento del barrio del Cabuchico. La creciente urbanización de esta zona parece haber revitalizado el uso de las laderas del cabezo en búsqueda de nuevos espacios auxiliares de las actividades de la economía campesina.

# 10.

## **La cueva era de mis abuelos: un derecho consuetudinario que sobrevive al nuevo marco legal del liberalismo**

**El origen del régimen de propiedad municipal de los montes en cuestión se remonta a los comunales que fueron parte de los privilegios otorgados por los conquistadores cristianos para la repoblación.** La relativa prosperidad de la aldea de Azuara durante la Edad Moderna, parece que tuvo mucho que ver en el mantenimiento de estos recursos fundamentales para la economía campesina de subsistencia.

Con las modificaciones del régimen de propiedad, producto de la transición a una economía liberal y capitalista, parte de estos comunales perduraron como propiedad municipal. Aunque los fueros y ordenanzas medievales que regulaban su utilización por los vecinos y vecinas que así lo quisiesen decayeran con las nuevas doctrinas económicas, las formas de uso comunitario pervivieron durante décadas hasta prácticamente nuestros días.

El derecho de todo ciudadano residente en Azuara a horadar las paredes del cabezo del Cabuchico parece no haber sufrido modificaciones significativas, a pesar de todas estas transformaciones. Así pues, muchas familias siguieron empleando este recurso natural para diferentes actividades económicas y sociales, y en momentos excepcionales como la guerra civil, incluso residenciales.

Hacerse una cueva con sus propias manos, comprarla o arrendarla «de palabra» o mediante algún documento privado, ha sido hasta el día de hoy la única condición que acreditaba,

si no la propiedad estricta, sí un derecho de uso prácticamente a perpetuidad y transmisible a los herederos. Un resquicio de la comunidad campesina, del comunitarismo del medioevo que fue condición de supervivencia y prosperidad para muchas generaciones, y que, sorprendentemente, ha llegado hasta bien entrado el siglo XXI.

VIVIENDO EN LAS  
CUEVAS DE AZUARA



Recorte prensa sobre «La Comuna». Periódico Juventud Obrera. Abril de 1979.

A día de hoy de las 29 cuevas investigadas en la vertiente oeste y las 28 de la este (incluyendo las 5 que no tienen vía de acceso), 32 tienen solo titularidad municipal y otras 25 tendrían propietario –o familia propietaria– reconocido.

damiento fechado en 1947, al que volveremos más adelante porque suministra información interesante sobre algunos usos de las cuevas.

Todas las de propiedad municipal de ambas vertientes se encuentran en desuso y la

## PROPIEDAD

Municipal	Privada
32	25

## TRANSMISIÓN

Herencia	Compraventa	Desconocida
10	5	10

El origen temporal de las cuevas que hoy conservamos en la vertiente oeste es por completo desconocido. La primera referencia escrita son las dos cuevas pajar citadas en el censo de 1861. Pero no hemos encontrado ningún documento o testimonio que nos permita aproximar una fecha de la realización de las que hoy conservamos. El particular tipo de propiedad hace que los documentos que refieren a su transmisión, ya sea por venta o por herencia, sean muy escasos. Y de entre estas pocas fuentes escritas, en ninguna se nos da una fecha de construcción.

Es el caso de la cueva de los hermanos Roche (O21). Su familia es propietaria al menos desde su bisabuela, Josefa Aniesa Barreras, que se la dejó en herencia a su abuela, Catalina Alcalá Aniesa. Cuentan con el documento donde se produce la testa en 1943, pero desconocen desde cuándo su bisabuela era propietaria y por qué vía llegó a serlo. Es también interesante, y nos da una información del marco legal machista de la época, que la transmisión de la cueva se produce a favor del marido de Catalina, Román Nebra Alcalá, abuelo de los actuales propietarios.

También la heredera de la cueva de María José Bernad (O15) cuenta con un documento que acreditaría la propiedad de la cueva por parte de su familia. Se trata de un contrato de arren-

mayoría en un estado de conservación no muy bueno o malo, a excepción de las Cuevas de Carod (E01 y E02), las más recientes que data su construcción de la guerra civil. Que hoy pertenezcan a la corporación local no se debe a que su existencia fuera iniciativa de la misma, sino más bien a que probablemente sus antiguos propietarios o usufructuarios dejaron de utilizarlas, quedaron abandonadas y, al estar ubicadas en un monte municipal, quedan registradas como propiedad del Ayuntamiento.

De las que tienen propietarios privados, solamente la de los hermanos Roche (O21) tiene título de propiedad. El derecho del resto de familias sobre sus cuevas se fundamenta en una suerte de aplicación de un derecho consuetudinario o no escrito. Se entiende este como la aplicación de reglas basadas en la costumbre. Una costumbre que, como hemos visto, hunde sus raíces en siglos atrás y que, en las etapas precapitalistas, tal vez estuvo regulada por los reglamentos que permitían la explotación colectiva y gratuita de los bienes del común.

Quien se hacía una cueva podría disponer de ella a perpetuidad. Sus herederos podrían recibirla en el momento del fallecimiento de quien la poseía. Genera más dudas la capacidad que en las etapas precapitalistas estos usufructuarios pudieran tener para venderla o alquilarla.

Pero, una vez el régimen de propiedad de la tierra pasa a ser libre tras las diversas desamortizaciones, es posible que este derecho de compra/venta o alquiler se hiciera extensivo a los propietarios de las cuevas.

En términos estrictos los propietarios lo son del uso de la cueva. Y es este derecho al uso exclusivo y privativo lo que transmiten en herencia, venden o alquilan. El monte en su conjunto sigue siendo de titularidad pública en su conjunto.

Aquellas cuevas que se mantienen en uso o, al menos, en manos de propietarios particulares, nos han dado algo de información acerca del origen, no de su construcción, pero sí de la pertenencia a una determinada familia y los usos que se le dieron.

Cinco de ellas, la de María José Chapartegui (O11), la de Los Antones (O12), la de Francisco Alconchel (O24) y las dos de los hermanos Tirado (O13 y O14), fueron adquiridas en los años 70 u 80 del siglo XX. El resto de las privadas han sido heredadas y provienen, al menos, de inicios de esta centuria. Su origen familiar se remonta a los abuelos o bisabuelos, es decir 2 o 3 generaciones atrás respecto a los actuales propietarios que, en su mayoría, pasan los 50 y 60 años. Si a su vez sus abuelos o bisabuelos adquirieron la cueva, la hicieron ellos mismos o la recibieron en herencia, es algo que desconocemos. Pero muy probablemente estas tres casuísticas podrían haber convivido.

# 11.

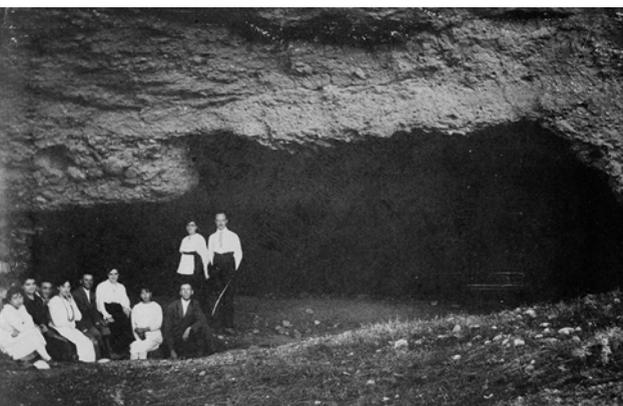
## La Azuara de comienzos del siglo XX: el papel de las cuevas en la economía campesina tradicional

**Durante el siglo XIX, a pesar de las calamidades sanitarias y agrarias, se vivió un crecimiento económico y urbanístico que incorporó la zona del como área residencial.** Desconocemos si este hecho contribuyó a la dinamización de la ladera donde encontramos el conjunto de cuevas, pero lo que sí parece ser cierto, según los testimonios orales, es que estas estarían en actividad con la llegada de la nueva centuria.

¿Cómo era aquella localidad? De las fuentes históricas más interesantes con las que contamos destacan los censos de 1906, 1916 y 1936, estudiados por el investigador local Miguel Marco y analizados en varios artículos de su publicación «El Piquete», que nos dan un pantallazo cuantitativo del municipio y sus actividades.

En 1906 Azuara contaba con unas 2400 habitantes, 662 censados de más de 25 años. De la población activa el 67 % son jornaleros. Hay un descenso en el número total, respecto al censo de 1890, de 423 –un 84 % del total– a 309, y un aumento de los labradores, de 70 –el –14 %– en 1890 a 148 –el 32 %– una década más tarde. Se trata de un cambio productivo muy importante que podemos atribuir a los procesos desamortizadores que permitieron, aunque fuera de forma marginal, el acceso a la propiedad de una parte del campesinado pobre.

La inauguración de la línea del ferrocarril Zaragoza-Utrillas en 1904, que tenía una estación a 7 km de Azuara en el camino a La Puebla de Albortón, también fue un elemento estimulante. Entre otras cosas animó la introducción del cultivo de la remolacha, un producto que podía exportarse para suministrar a las fábricas azucareras. Esta hortaliza generó además un empleo extra, sobre todo para las mujeres, el de limpiarla antes de su venta.



Retrato antiguo en la puerta de la cueva del Tabaco.  
Archivo familiar de Clemente Calvo.

Diez años más tarde, en 1916, Azuara contaba ya con 2.600 habitantes, 666 censados mayores de 25 años. El 74 % de la población activa trabajaba en el sector agrícola, 498 personas. Paradójicamente, hay un leve descenso del número de labradores, 129 y 5 hortelanos, y aumentan a 364 los jornaleros. A la ganadería se dedicaban 58 vecinos (3 más que una década atrás), aunque en su mayoría vivían con sus familias fuera del municipio, en las parideras dispersas por el monte.

La industria ocupaba a 37 trabajadores, todos en actividades de carácter artesanal como tejedor, pelaires, carpinteros, hojalatero, quincallero, herrero, molinero, calderero, zapatero, sastre o albañil. Al comercio y la administración se dedicaban 31 personas.

En las vísperas de la guerra civil, cuando ya muchas de las cuevas que actualmente tienen propietarios estaban en manos de sus familias o aquellas a las que se las adquirieron más adelante, Azuara había crecido hasta los 2933 habitantes, según el censo de febrero de 1936.

La ampliación urbanística había seguido extendiéndose, con la prolongación de la calle Nueva, las Eras, Posada y Muro, así como la creación de nuevas como Barrio Nuevo o Porvenir y la urbanización del Ferial. El Cabuchico,

la zona lindante a las cuevas, contaba ya con 40 familias.

Es una localidad con un cierto dinamismo económico y social que se refleja en el funcionamiento de dos salas de baile –Las Flores y otro en casa de los Tararas a cargo de la Banda de Azuara–. Además, desde 1920 la localidad cuenta con un Centro Republicano con sede en la plaza de la iglesia, y en marzo de 1936, 42 trabajadores fundarían el Centro Obrero de Oficios Varios, adherido a la UGT, y situado entre las calles Mayor y Pesegu (actual Lirio)<sup>24</sup>.

La dinámica, por lo tanto, en las tres primeras décadas del siglo XX es ascendente. En el censo de 1916 se da cuenta de cómo el aumento de actividad económica había producido un incremento de la construcción de pajares fuera del casco urbano. Un indicador que podría darnos pistas de lo que pudo pasar también con otras actividades que buscasen espacio extramuros y considerasen la posibilidad de la explotación de las cuevas para ello.

El aumento del pequeño propietario pudo además haber fortalecido esta necesidad de nuevos espacios para guardar sus propios aparejos de labranza, el ganado equino auxiliar de la actividad agraria o la elaboración y almacenamiento del vino para consumo familiar.

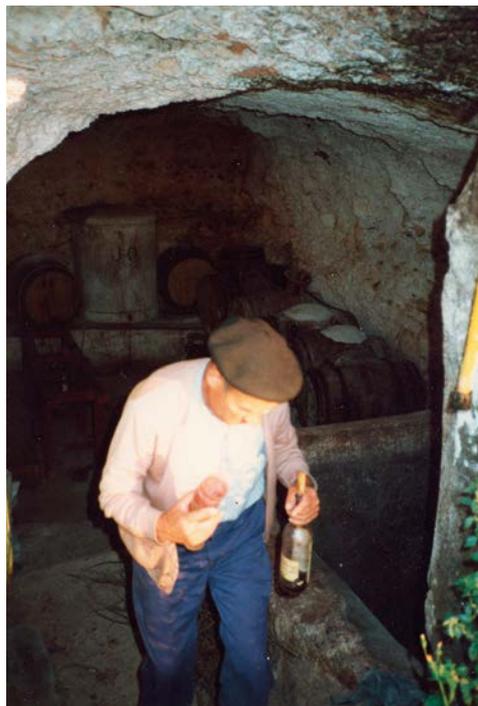
## 12. Bodegas y vino

**El uso más común de los que hemos podido rastrear y conocer ha sido el relacionado con las actividades vitivinícolas.** De las 43 cuevas de las que hemos podido recoger información, al menos 26 –16 en el oeste y 10 en el este– habrían tenido este uso. Lo sabemos porque o bien tienen restos que dan cuenta de esta actividad o contamos con testimonios que lo corroboran<sup>25</sup>. De ellas una docena conservan elementos para la fabricación del vino<sup>27</sup>.

**E**n 11 de ellas –6 en el oeste y 5 en el este– permanecen estructuras de antiguos trujales para el pisado de la uva. En la vertiente este, en dos de estas cuevas propiedad de Miguel Gimeno (E18 y E19), se conservan además del trujal las estructuras que se utilizaban

para la colocación de las prensas con que se chafaban los racimos de uva. En la de Elena Gorgas (E14) y la de María José Gimeno (E17) han sobrevivido las cubas fijas para el almacenamiento del vino, en la E15, de propiedad municipal, una tinaja empotrada que haría esta misma función, mientras que en el oeste, en 6 de ellas se conservan soportes de madera o ladrillo para colocar los toneles.

Casi todas las que tienen actualmente propietarios, y hemos podido contactarlos, habrían



Marino Soriano en el acceso a su cueva.



Retrato familiar de «Los Royos» durante la elaboración del vino.

tenido este uso como bodega<sup>26</sup>, ya sea en su vertiente productiva o de almacenaje. Es, por tanto, muy probable que muchas de aquellas que son del ayuntamiento y se encuentran en desuso, hubiesen tenido también esta finalidad, tal vez combinada con otras. Este uso parece haber sido una de las razones más extendidas de la realización o adquisición de las cuevas por parte de las familias campesinas de comienzos del siglo XX.

La cueva de «Los Antones» (O12) fue una de las que se dedicó a la elaboración del vino y conserva buena parte de la infraestructura tradicional, ya que dispone de trujal, los tabledos para prensar y los toneles con su correspondiente soporte de ladrillo. Fue comprada por Francisco Obón Soro, suegro de su actual propietario, Luis Bosque Barberá, a un vecino de la localidad alrededor del año 1975. De aquella transacción no quedó ningún registro, como parte del modo consuetudinario de transmisión de la propiedad al que hacíamos antes referencia. Las obras para la adaptación del espacio a la producción y almacenaje de vino datan de esta época. Con anterioridad

se utilizaba de establo para una burra para labores agrícolas que fue vendida junto a la cueva. Por lo tanto, se trataría de una de las bodegas más recientes. De ahí su buen estado de conservación que permite recrear el proceso de elaboración artesanal del vino en Azuara durante décadas y seguramente siglos.

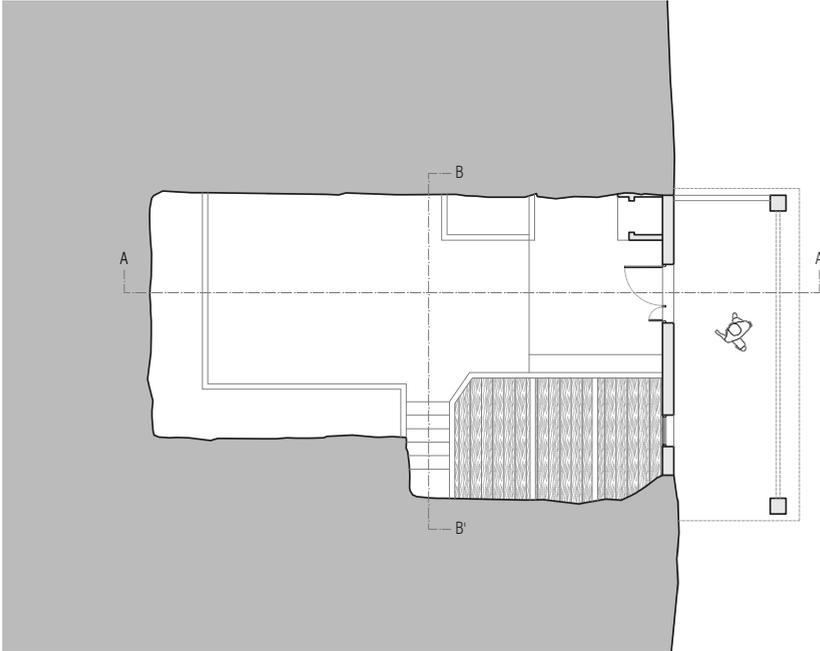
A través de una pequeña ventana en la fachada se procedía a echar los racimos de uva obtenidos de las viñas de la propia familia. La uva se depositaba sobre tableros ubicados en la parte baja del trujal, un habitáculo rectangular semi excavado en el suelo y reforzado con muros de obra. El siguiente paso era el pisado de la uva para que el mosto resultante se escurriera entre las maderas y se depositase en la parte baja del trujal. Una vez exprimidas las uvas se mezclaban los racimos con el mosto, se colocaban de nuevo las maderas y una nueva tanda de uva para repetir el proceso. Así hasta llenar por completo el trujal o terminar la uva.

El producto de este trabajo se dejaba fermentar durante 21 días. En este proceso de transformación del mosto en vino se produce una reacción química que genera una gran cantidad de dióxido de carbono, conocido popularmente como el «tufo del vino». Por ello, en estas tres semanas la bodega debía permanecer cerrada y sin que accediera nadie. Transcurrido este tiempo se dejaba al menos 24 horas abierta y, para asegurar que no había ningún peligro, se entraba en la cueva con una vela o lamparilla. Si el fuego se apagaba, producto de la falta de oxígeno, era un indicador de que todavía el letal gas no se había disipado y había que abandonar inmediatamente la cueva.

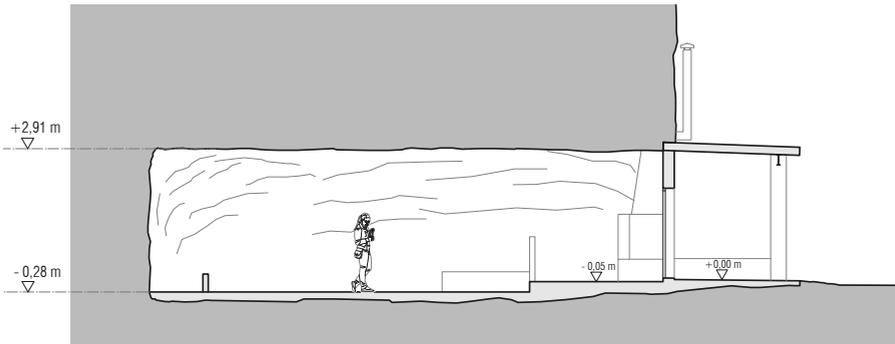
Cuando la seguridad estaba garantizada el vino estaba listo para su recogida y almacenamiento. Por medio de unas escaleras se accedía a la parte baja del trujal. Allí se abría un desagüe desde donde se iban llenando bidones para su traslado a las barricas de madera, donde



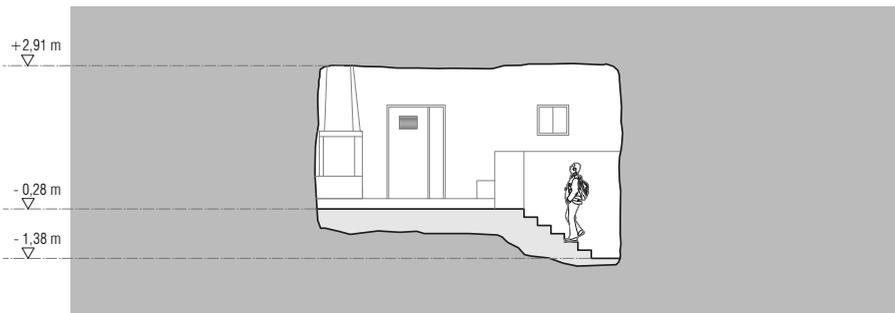
*Vecinos de Azuara pisando las uvas en el trujal de la Cueva de Antonio Royo. Colección familiar de Antonio Royo. Años 70.*



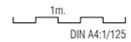
PLANTA SECCIONADA



SECCIÓN AA'



SECCIÓN BB'



012. Planimetría de la cueva de Luis Borque.

descansaría hasta Semana Santa aproximadamente el preciado caldo. En general las variedades de vino más comunes eran las de tinto y clarete.

En la cueva de «Los Menudos» (O19), propiedad de la familia de José Soriano, elaboraban también estas dos variedades en el trujal que todavía conservan. En el caso del clarete o rosado, se dejaba fermentar sin la «raspa» de la uva, es decir sin los racimos. Para ello una vez

propio. En estos casos estas familias utilizaban la cueva solamente para el almacenamiento de las barricas, aprovechando las óptimas condiciones de humedad y temperatura para la conservación del vino.

Había quienes usaban el trujal de algún otro vecino o familiar, como testimonian la propietaria de la cueva O11, María José Chapartegui, que utilizaba la que el azuarino Emilio Fleta, familia de su esposo, tenía en su casa.

## BODEGAS

Trujales		E	O	Prensa		E	O	Toneles		E	O	Cuba o tinaja	E	O	Estructuras toneles o prensas		E	O
11		5	6	3		0	3	6		0	6	3	3	0	8		2	6

prensada la uva se extraía el mosto del trujal y se dejaba fermentar directamente en las barricas, de las que también conservan algunos ejemplares y que contaban con un soporte de ladrillo. Para trasladarlo del trujal a la barrica se emplearon diferentes recipientes, desde las más recientes garrafas de plástico, hasta «botos» hechos con piel de cabra o grandes botellas de vidrio recubiertas de mimbre.

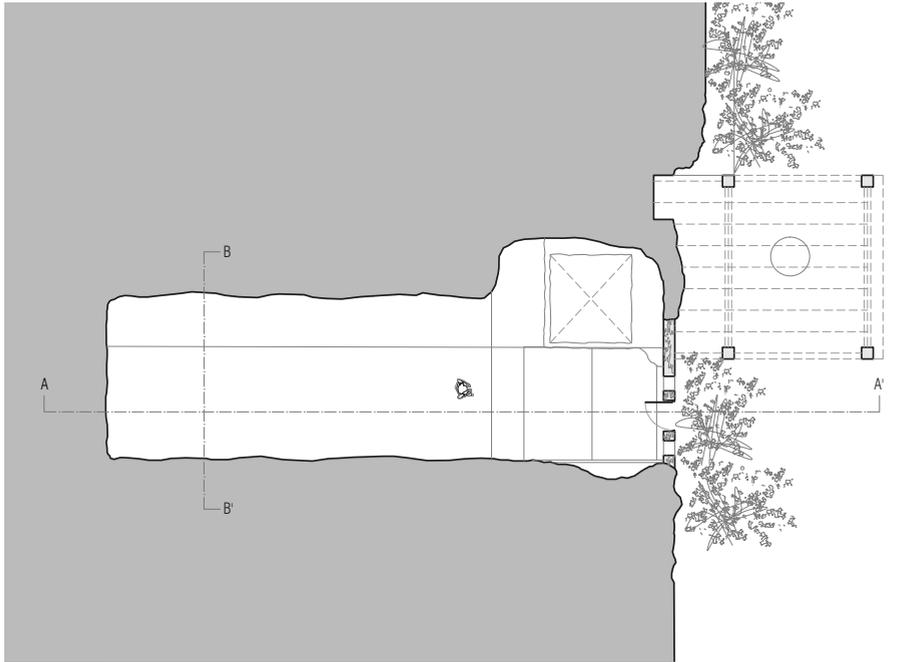
Tanto este trujal, como el localizado en la cueva propiedad de los hermanos Roche (O21) y en la de la «Peña los Cuervos» (O22), propiedad de Ricardo Obón Tallada, datan de tiempos anteriores a sus abuelos, es decir de al menos los inicios del siglo XX. El de la cueva E15, propiedad del ayuntamiento, no podemos datarlo con precisión, pero su estado de abandono nos habla de una construcción y uso bastante antiguo.

No todas las antiguas bodegas han dejado rastros materiales reconocibles de esta actividad. La mayoría de ellas no contaban con trujal

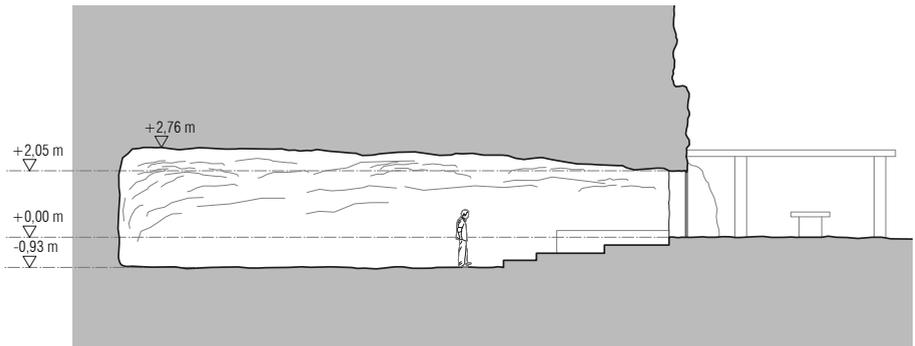
También había quienes se asociaban entre sí para emplear de forma colectiva el trujal de alguno de ellos. Este era el caso de la cueva propiedad de Jesús Royo (O25). Parece ser que su uso como bodega decayó a lo largo de la centuria pasada y en los años 80, como parte de unas obras de rehabilitación de la misma, se decidieron a reconstruir un viejo trujal cuyo



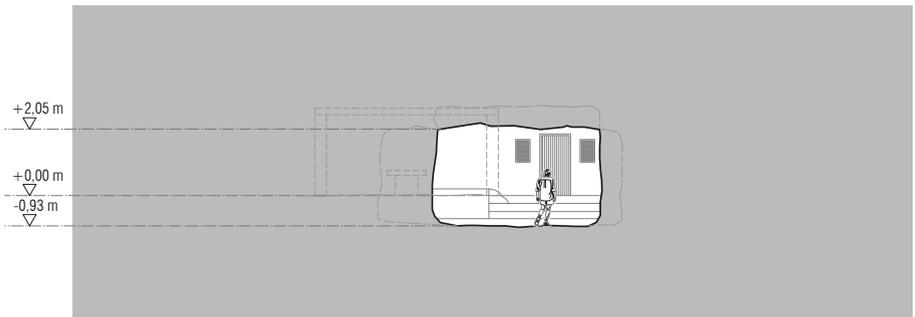
Trujal en la cueva de la familia Soriano.



PLANTA SECCIONADA



SECCIÓN AA'



SECCIÓN BB'



025. Planimetría de la cueva de la familia Royo.

origen cronológico desconocemos. La obra corrió a cargo de la familia y varios amigos. Tras la vendimia varios propietarios llevaban sus cosechas a la bodega de Jesús, donde eran pisadas entre todos. El producto obtenido se repartía en Semana Santa proporcionalmente al número de kilos de uva aportado por cada uno de ellos.

La producción obtenida de estas bodegas era fundamentalmente para el consumo familiar y, a lo sumo, la venta a algún bar o restaurante de Zaragoza. El objetivo no era tanto el comercio, sino el autoconsumo.

En esto hay una continuidad muy clara con el tipo de economía campesina que es parte de su génesis. El vino, junto al cereal y el aceite, constituían la dieta fundamental, junto a los productos de la huerta, del campesinado azuarino casi desde su fundación. En el recuento de fuegos de 1647 ya se da cuenta de la importancia de las cosechas de «cereales, suficiente vino y aceite».

El tránsito a una sociedad más industrial y el crecimiento económico que se inicia en los años 60, supondrá la crisis definitiva de la economía campesina de subsistencia. La apertura de fábricas y servicios hará que muchas familias migren, sobre todo a Zaragoza, y establezcan allí su residencia.

El peso del vino familiar en la alimentación cotidiana decae y su consumo se relacionará cada vez más con el ocio y la socialización. A su vez, la crisis de la agricultura tradicional y el éxodo rural hicieron que la actividad vitivinícola de autoconsumo decayera también en su vertiente productora y muchas bodegas, incluso las que cuentan con trujal, se limitasen al almacenamiento y a ser el lugar de celebraciones y encuentros. La última producción de vino en las cuevas que hemos constatado en las entrevistas se realizó en el año 2015 en la cueva de «Los Antones».

# 13.

## El paréntesis bélico: refugios, funciones militares y hospitales de campaña

**El otro uso por el que las cuevas son parte de la memoria colectiva de muchas azuarinas y azuarinos fue breve, pero tuvo un fuerte impacto en el imaginario colectivo asociado a ellas.** Hablamos de las cuevas en el contexto de la guerra civil.

El investigador local Miguel Marco<sup>28</sup> periodizó los primeros días de la contienda. La localidad quedó controlada durante los primeros días por la Guardia Civil que era partidaria del golpe de Estado. Sin embargo, muy pronto quedó incluida dentro del bando republicano. La Columna Carod-Ferrer, capitaneada por Saturnino Carod, dirigente de la CNT de Zaragoza y natural de Moneva, tomó la localidad el 13 de agosto de 1936. En septiembre avanzaron hacia Fuendetodos que, junto a las localidades de Quinto y Belchite, marcaría la línea divisoria más próxima entre los dos bandos.

Esta proximidad a la primera línea de combate hizo que pasaran por la localidad numerosas columnas de milicianos y combatientes republicanos. Algunas de las que lo hicieron fueron la Sebastián Faure, compuesta por internacionalistas franceses, la Ferrer i Guardia o la ya mencionada Carod-Ferrer que, una vez integrada en la Columna Sur-Ebro, terminó nucleando a todas las que estaban dispuestas en el territorio circundante a Azuara. En la localidad se estableció un Consejo Local, como en otros muchos municipios donde también se procedería a la colectivización de las

tierras y los oficios. En este periodo es cuando se pierden los archivos municipales y del Registro de la Propiedad, que son arrojados a la hoguera, y edificios religiosos como la iglesia parroquial o la ermita de San José quedaron reconvertidos en taller y granero respectivamente.

La presencia de un buen número de milicianos y militares en Azuara la convirtió en un objetivo predilecto de los bombardeos enemigos. La instalación de la sirena para avisar de la aproximación de los aviones quedó para siempre como un símbolo de identidad de la localidad, que hasta el día de hoy la sigue utilizando.

El primero de ellos se produjo en mayo de 1937. El 13 de junio de 1937 se vivió uno de los peores ataques aéreos. Ese día, 18 aviones alemanes –conocidos popularmente como «pavas» por el sonido de sus motores– descargan sus bombas destruyendo numerosas viviendas y matando a un miliciano.

Más de 1000 de los 2933 habitantes de la localidad, según el censo de 1936, abandonan la villa para refugiarse en otros pueblos como Aguaviva o Mas de las Matas. Entre los que no

marcharon el peligro de las bombas hizo que se trasladaran a las cuevas más allá del Río Cámaras, o que las usaran como refugio inmediato en los momentos en que se acercaba la aviación. Unas 30 de ellas serán acondicionadas para hacer las funciones de refugio y vivienda de la mayor parte de las familias.

El impacto emocional y vital de quienes vivieron la guerra y los bombardeos explica que este uso de apenas unos meses sea parte de los más vívidos recuerdos –en primera persona o transmitidos– sobre los usos de las cuevas.

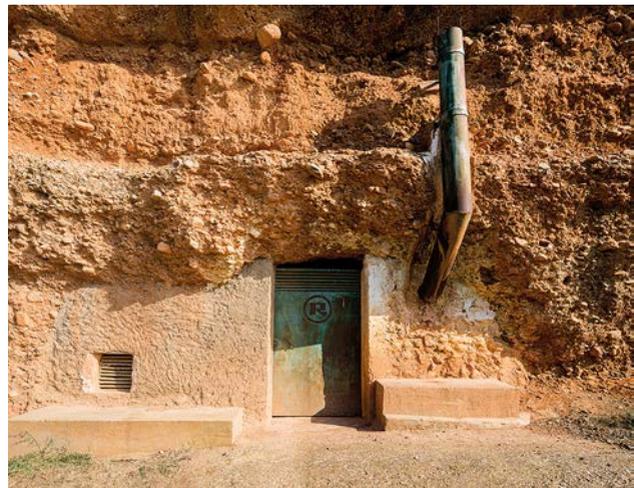
La guerra aérea, que se convertiría en norma desde la guerra civil española en adelante, era a la altura de 1937 una absoluta novedad histórica. A pesar de no ser Azuara una localidad situada en el frente, aunque sí cerca, la aviación borraba la división entre la primera línea y la retaguardia. Morir víctima de un hecho bélico podía suceder tanto si eras combatiente como si no, tanto si estabas luchando fusil en mano como si eras un civil alejado del ruido de las balas.

De entre las cuevas que hoy conservamos, contamos con testimonios orales que nos recuerdan esta utilización excepcional para al menos 25 de las 52 investigadas, casi la mitad. Algunos de ellos se refieren al empleo de la cueva familiar para este tipo de alojamiento provisional para la unidad de convivencia y otros vecinos que no disponían de una.

Es el caso de la de Jesús Lahoz (O07), que pertenece a su familia desde un número de generaciones que no puede determinar, en la que las grandes rocas de la entrada actuaban además de parapeto natural contra posibles obuses.

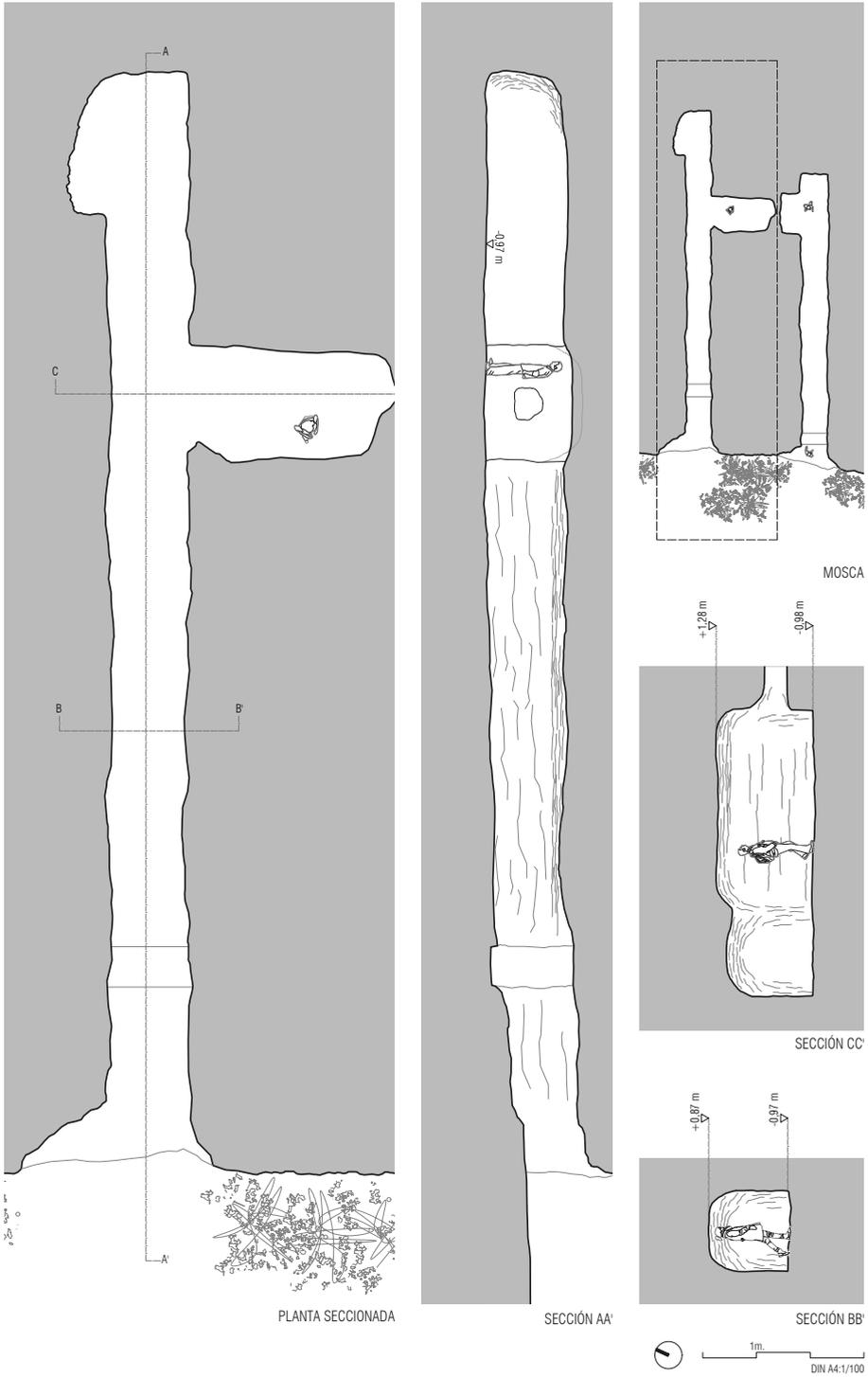
En la de los hermanos Roche (O21), recuerdan como sus familiares y vecinos la emplearon para pernoctar sobre colchones en aquel lugar

que consideraban más seguro que sus viviendas. En la cueva vecina (O22), propiedad de Ricardo Obón, este recuerda como su abuela, Francisca Jordán, le contaba que colocaban jergones en la entrada como barrera protectora. Esperaban que en caso de impacto de un proyectil se evitase que la espoleta detonase la carga interior. Una práctica que también es recordada por Jesús Royo Gorgas, cuya cueva (O25) también sirvió de refugio para familias de la localidad.



*Frontal de la cueva de los hermanos Roche.*

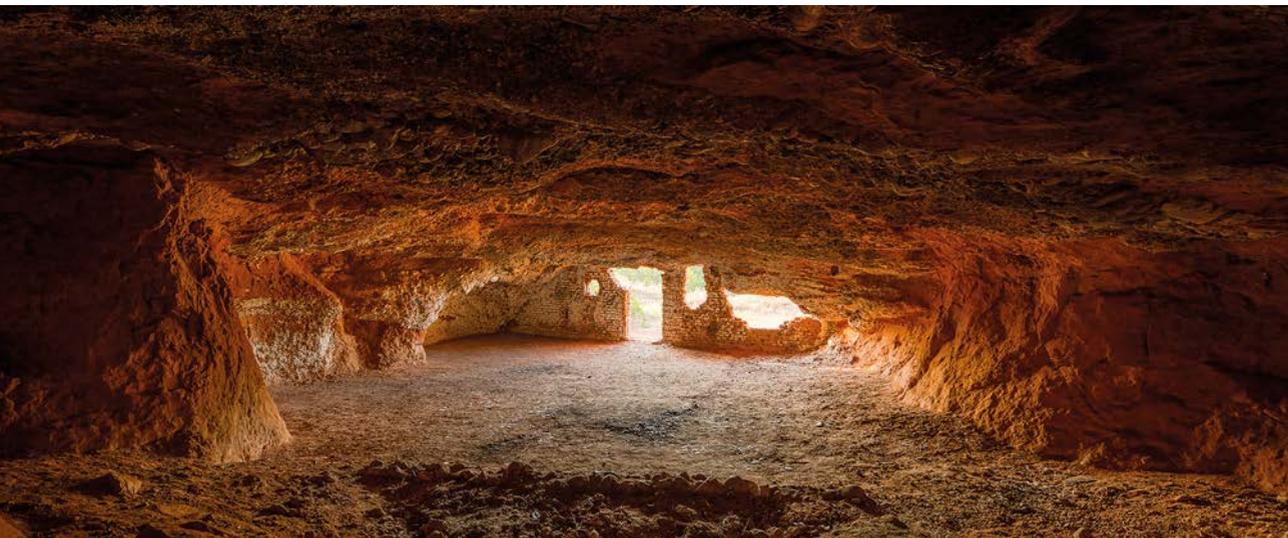
Tenemos también constancia de que algunas cuevas fueron empleadas, en esta Azuara convertida en casi una villa cuartel, para otros usos militares. De hecho, las cuevas de construcción más reciente fueron precisamente excavadas, en la vertiente este y ya camino hacia Moyuela, durante los primeros meses de la guerra por milicianos de la Columna Carod-Ferrer. Se trata de las conocidas como «Cuevas de Carod» (E01 y E02), dos cavidades de 20,2 y 23,7 metros de profundidad, con el techo ligeramente abovedado, una altura de algo menos de 2 metros y una anchura de 1,9.



E02. Planimetría de una de las «Cuevas de Carod».

Este tipo de construcción en túnel lo encontramos en otras obras de ingeniería militar realizadas por la contienda en las proximidades. Como las galerías de las posiciones de artillería del Vértice Lobo construidas en agosto de 1937 para el asedio de Belchite por cuadrillas provenientes de las minas de Utrillas. Las galerías de Carod tienen una forma similar a este tipo de túneles, diseñados justamente por ser estructuras sólidas para prevenir posibles derrumbes que podrían producirse por los efectos de la guerra aérea. Fueron utilizadas por las tropas republicanas como almacén, refugio y puesto de control de la carretera, y su profundidad las haría prácticamente indestructibles.

Entre los diferentes espacios que se utilizarán como hospitales de sangre se incluye la amplia «Cueva del Tabaco» (O26), hoy de propiedad municipal, y cuyo origen y otros usos menos extraordinarios desconocemos. Por último, la cueva de «Los Antones» (O12) parece que tuvo otros usos bélicos además de los de refugio. Durante las obras de reforma realizadas tras su adquisición en torno a 1975, realizaron un vaciado de la arena depositada en el suelo. Entre una gran cantidad de tierra, desproporcionada si la comparamos con la deposición de arena del resto de cuevas, aparecieron numerosos casquillos de munición y el resto de un arma del que se deshicieron enterrándola en el hormigón con el que esta-



*Panorámica de la «Cueva del Tabaco».*

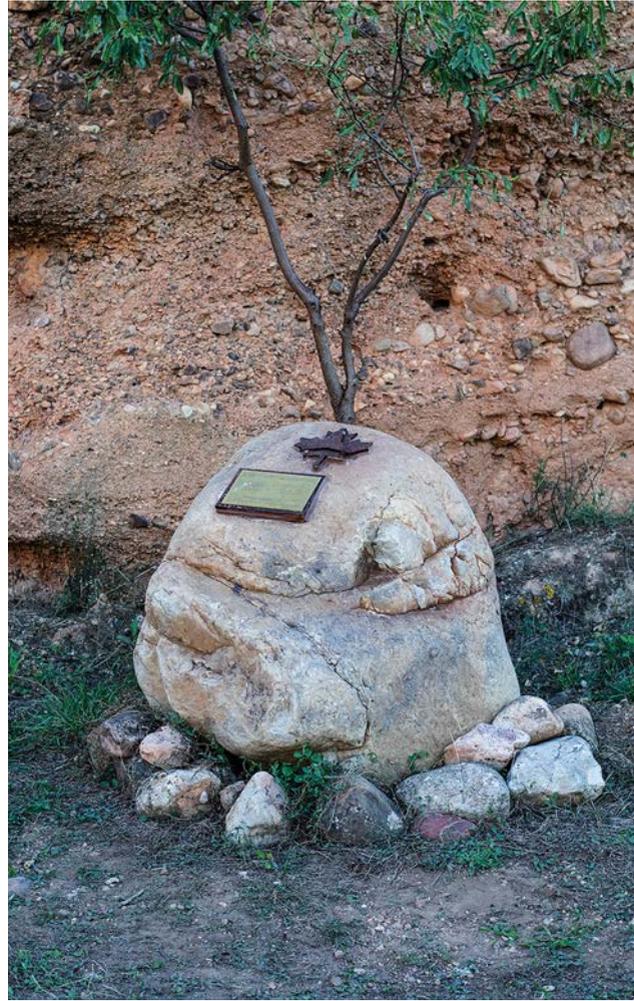
Otro empleo relevante de los usos bélicos de las cuevas fue el que se les dio a algunas de ellas durante la ofensiva militar republicana sobre Zaragoza en septiembre de 1937, que daría lugar a la batalla de Belchite. Azuara es parte de la retaguardia directa y como tal cumple funciones auxiliares estratégicas, como la atención a los heridos en combate.

ban obrando el suelo. Estos restos obedecerían a que, tal y como ha investigado el historiador Eric Salvador, la cueva de «Los Antones» habría jugado el papel de polvorín durante la contienda. Por otro lado, la abundancia de arena podría deberse a la descomposición de la tela de los sacos empleados para parapetar la posición.

Esta vertiente oeste de las cuevas fue además el escenario de la principal y última batalla de la guerra civil en la localidad, también investigada por Salvador. El 9 de marzo de 1938 el ejército sublevado rompió la línea del frente que transcurría entre río Ebro y el río Martín, avanzando con rapidez por la carretera de Fuendetodos hasta tomar Belchite el día siguiente.

El general Walter, de las Brigadas Internacionales, situó al batallón Mackenzie-Papineau en Azuara, para reforzar las defensas a cargo de la Brigada Mixta 140. El mismo día 10 las tropas sublevadas llegaron a la localidad, y el coronel del batallón internacionalista, Cecil Smith, estableció una posición en los acantilados y la línea de las cuevas del Oeste que se fortificaron durante la noche.

En la mañana del día 11 el batallón recibió la orden de reagruparse en Lécera con el resto de la brigada XV a la que pertenecían. Sin embargo, dos grupos de ametralladoras permanecieron en las crestas del Piquete de la Atalaya. Su resistencia sirvió para proteger la retirada de sus compañeros. Los combatientes eran un grupo de 12 hombres, casi todos finlandeses, y todos cayeron en esta batalla, con la excepción del Perry Hilton, que a pesar de ser apresado no fue ejecutado por las tropas franquistas.



*Monolito en honor a personas fallecidas pertenecientes a las Brigadas Internacionales.*

# 14.

## *Aperos, mulas y champiñones: otros usos que nos hablan de la crisis y transformación de la economía campesina*

**La economía campesina de subsistencia se mantuvo prácticamente sin cambios hasta los años 60.** El impacto de la guerra civil y los años posteriores de la autarquía dejaron a la España rural anclada en las mismas formas rudimentarias y casi artesanales de trabajo de la tierra.

**E**l arado romano, la siega a golpe de hoz, la trilla con el mulo arrastrando el trillo, algunos niños pasando un buen rato encima, aventar en las eras o el pisado de la uva, seguían siendo los medios productivos desde hacía siglos.

El empleo de las cuevas como pequeños almacenes para algunos de estos aparejos también aparece en los testimonios de algunos de los propietarios entrevistados. Algunas, como la de «Los Antones» (O12) servían de cuadra para la burra del anterior propietario. O la de María José Bernard (O15) que su padre alquiló a una familia de la localidad para la estabulación de sus caballos.

Este último caso resulta interesante por dos razones. La primera es que los actuales propietarios todavía conservan el contrato de alquiler firmado. Un acuerdo privado que oficializaría por escrito lo que era un trato sustentado en la costumbre de siglos de la que hablábamos antes.

El segundo es que la renta fijada para el alquiler no es solo pecuniaria sino también en especie, concretamente en fiemo. La fami-

lia propietaria del ganado debía pagar por el arriendo de la cueva 120 pesetas anuales –dividida en cuatro cuotas trimestrales– y entregar las heces de los animales a la que lo era de la cueva. La ausencia de fertilizantes artificiales convertía el estiércol en un componente fundamental y valioso de la actividad agrícola. Tanto es así que la regulación del uso y propiedad de los excrementos de los animales es objeto de regulación y disputa durante toda la etapa medieval y moderna en muchas regulaciones sobre los comunales destinados a usos ganaderos.

Además del ganado, otros aperos de labranza como arados, trillos, hoces u horcas, también descansaban en las cuevas, muchas veces al lado de los toneles y botas que conservaban el vino.

Sin embargo, a partir de los años 60 se vive una crisis definitiva de esta economía campesina de subsistencia y sus modos de producción. El despegue de la industria hace que muchas familias opten por migrar a los centros urbanos donde se ofrecen puestos de trabajo mejor remunerados. Este éxodo rural

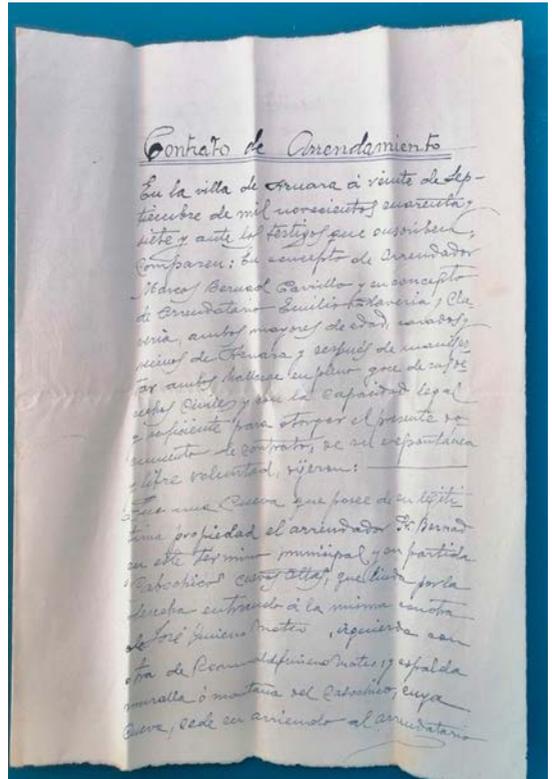
coincide, y en parte se explica, por la imposibilidad de sobrevivir con tan bajos rendimientos de la tierra. Quienes optan por quedarse y seguir viviendo del campo se verán obligados a modernizar lo más rápidamente posible los sistemas de producción.

El paisaje de mulas, carros e instrumental artesanal irá dejando paso al de las primeras maquinarias a motor, tractores y remolques. El nuevo aparejo agrario no tiene cabida en las viejas cuevas, que irán perdiendo poco a poco esta función auxiliar de la agricultura.

Como parte de las innovaciones durante los años 70 se vivió un pequeño «boom del champiñón». La cría artificial de este hongo podía aprovechar las condiciones naturales de temperatura y humedad de las cuevas. Dispuestos en bancales de tierra, los champiñones podían ir brotando para su recolección y posterior venta mayorista.

Parece ser, sin embargo, que esta nueva actividad agraria no la llevaban adelante solamente los propietarios de las cuevas sino también productores venidos de otras localidades que se las alquilaban. Tanto el cultivo del champiñón como este alquiler de las cuevas pudo suponer un pequeño ingreso extra a las familias de la localidad que decidieron sumarse a la iniciativa, en tiempos de una transición que no fue nada fácil entre la agricultura tradicional y la mecanizada y moderna.

Del conjunto de cuevas al menos 11 –10 en el oeste y 1 en el este– de ellas habrían tenido este peculiar uso a lo largo de los años 70 del siglo pasado. Llama la atención que cinco de ellas –01, 02, 04, 016 y 028– son de propiedad municipal, lo que quiere decir que habrían sido usufructuadas, podríamos decir que haciendo un uso de los «bienes del común», para una actividad de la económica campesina en pleno siglo XX.



Contrato de alquiler de la cueva de María José Bernard.

En una de las privadas dedicadas al champiñón en los 70, la de Jesús Lahoz (007), se trató además de sacarle partido al potencial fungicultor de la cueva dos décadas más tarde. Durante los años 90 del siglo pasado la empleó para el cultivo de la seta de chopo. A diferencia del champiñón, en este caso disponía troncos de este árbol en el interior de su cueva, colocaba las esporas en orificios en su superficie y en un periodo de entre 45 y 90 días obtenía el hongo deseado.

# 15.

## Aires de cambio soplan desde las cuevas: la Comuna de azuara

**Las décadas de los 60 y 70 no fueron solo una etapa de transformaciones sociales o económicas.** Una parte importante de la sociedad, en especial los y las más jóvenes, empezaban a empujar el cambio político que terminaría cristalizando en la llamada Transición democrática.

Entre estos jóvenes había también varios vecinos y vecinas de Azuara. Algunos de ellos vinculados a organizaciones sociales y políticas de la oposición democrática como la HOAC o la JOC. Revistas como Andalán, El Viejo Topo, Ajoblanco, Alfalfa o Militante Rural circulaban en la localidad y animaban debates y reuniones.

También participaron en las protestas en apoyo a los 35 sacerdotes del caso Fabara. Todos ellos párrocos rurales que el Obispo, Pedro Cantero, pretendía excomulgar por su activismo y compromiso con la oposición.

La represión de la Dictadura afectó a algunos de ellos en 1975, juzgados por un Tribunal Militar por la realización de pintadas, o ese mismo año con el secuestro de un número de la revista Gualdrapa, editada en la localidad, por contener unas poesías de Camilo José Cela que el juez consideró no aptas para un pueblo «tan pequeño y tan inculto».

Cuatro de estos jóvenes, José Soriano, Martín Roche, Antonio Oliván y José Antonio Fleta, decidieron en 1976 poner en pie un proyecto realmente rompedor para la época: la Comuna de Azuara. Una comunidad de convivencia y producción que pretendía demostrar que otra forma de vida era posible, y al que se sumarían

pronto las azuarinas Maribel Soriano y Angelinas Gracia.

No fue la única comuna establecida en el medio rural en aquella época. Se trató de un pequeño fenómeno de resistencia ante el abandono y el desdoblamiento que ya estaban comenzando a sufrir muchos de los pueblos de lo que hoy conocemos como «España Vacía». Hubo proyectos similares en Caspe, Ladruñán u otras provincias, como Girona. Sin embargo, todas aquellas habían sido fundadas por jóvenes que marchaban de la ciudad. En este caso, los fundadores eran vecinos de Azuara que no querían marcharse y conocían de primera mano las posibilidades que el medio rural podía ofrecerles para su proyecto vital.

Su primer emplazamiento fueron un total de cuatro cuevas de la vertiente este, las que van de la E16 hasta la E19, que ya en aquel momento estaban en desuso y que arreglaron para este interesante proyecto. La que sirvió de instancia principal fue la que es propiedad de Javier Gorgas (E16). Una estancia bastante cuadrangular de 33 metros cuadrados, que acondicionaron rellenando el antiguo trujal para poder hacer un espacio habitable a dos alturas que servía de cocina (dispone de un fogón), comedor y salón de reuniones. En la cueva anexa, propiedad de María José Jimeno

(E17) habilitaron un dormitorio. Se trata de una cueva más profunda, con 10,6 metros cavados hacia el interior de la montaña, en la que pernoctaban también muchos de los visitantes que venían a conocer la experiencia de la Comuna. Las dos cuevas que le siguen, propiedad de Miguel Jimeno (E18 y E19), ambas cuadrangulares y de unos 20 metros cuadrados, servían respectivamente de almacén y gallinero.

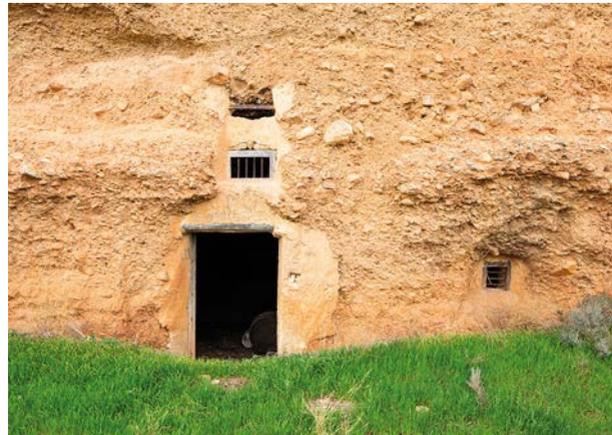
Sin agua ni electricidad, se trasladaron a vivir allí y habilitaron una de las cuevas a modo de pequeño corral. Este es uno de los pocos usos

de residencia habitual que encontramos en el conjunto de cuevas azuarinas (exceptuando los refugios de la guerra).

Las cuevas fueron el centro de residencia y de activismo político y cultural de la Comuna. Para su actividad económica arrendaron varias tierras y parcelas de huerta y, más adelante, adquirieron ganado ovino, siendo los primeros en el pueblo en practicar el pastoreo semies-tabulado. Al mismo tiempo adquirieron unos terrenos a 3 km de la localidad donde comenzaron a construir una casa que les serviría de vivienda y lugar de trabajo.



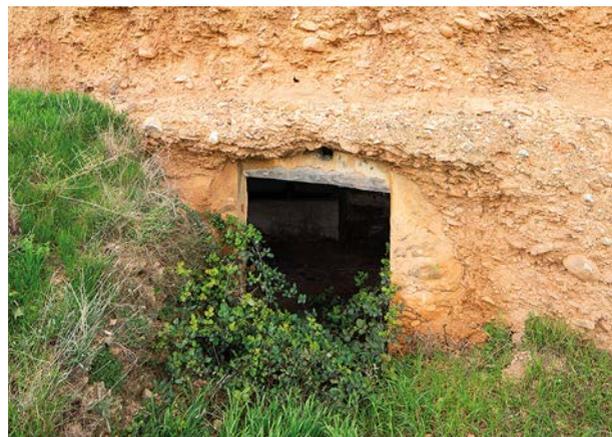
*Acceso a la cueva E16*



*Acceso a la cueva E17*



*Acceso a la cueva E18*



*Acceso a la cueva E19*

La Comuna y sus habitantes fueron también un elemento dinamizador de la vida cultural de la localidad. Fueron parte del Club Juventud, que llegó a contar con un centenar de socios, y que organizaba cine los fines de semana, conferencias, exposiciones y conciertos.

Entre los visitantes ilustres que pasaron por las cuevas estuvieron cantautores como Joaquín Carbonell, que llegó a actuar, o Gonzalo Borrás, catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, que impartió conferencias sobre el mudéjar de la localidad. José Antonio Labordeta no llegó a actuar en Azuara, por la prohibición del alcalde ante el temor del aforo que podría congregarse, pero también pasó y cenó en las cuevas de la Comuna.



*Cena con José Antonio Labordeta.*

En 1988 el emblemático cantautor aragonés fue invitado por la Comisión de Cultura de la localidad para hacer un recital. En aquella ocasión, después de la actuación, quiso volver a visitar las cuevas y fue invitado a cenar en la bodega de los hermanos Roche (O21).

Las visitas o estancias temporales de otros jóvenes, intelectuales y activistas fueron una constante durante los 6 años en que existió la Comuna. El nombre de Azuara apareció en

no pocas publicaciones ligadas al movimiento libertario y otras corrientes de la nueva izquierda dando cuenta de esta experiencia transgresora.

Las relaciones con el resto de las y los vecinos fueron buenas. Los y las jóvenes de la Comuna despertaban sorpresa, estupor y en algún sector incluso críticas o desconfianza, pero, a diferencia de otras experiencias, eran jóvenes criados aquí y con lazos familiares y de amistad que los unían a la comunidad.

Con las autoridades, en especial la Guardia Civil, no podemos decir lo mismo. Multas, visitas y algunas detenciones injustificadas que provocaron protestas a las puertas del cuartel, fueron parte de la cotidianidad de los habitantes de las cuevas.

Por último, la Comuna no fue un elemento aislado de los aires de cambio que se vivían en otros pueblos y ciudades. Sus relaciones con otros movimientos y organizaciones sociales fueron muy fuertes desde el principio. Se relacionaron con cooperativas y asociaciones de vecinos de Zaragoza para intentar vender el género sin intermediarios, fueron parte de la fundación de la UAGA, tuvieron contactos con la CNT y otros sindicalistas... Una tupida red de relaciones y solidaridad que fue clave para poder sostenerse.

# 16.

## La merienda: no solo de pan (ni de vino) vive el hombre

**Acercándonos al presente, el uso más común de aquellas cuevas que siguen con actividad es sobre todo el de centro de socialización y recreo con familiares y amigos.** Meriendas, comidas y hasta alguna comunión se han celebrado en su interior y el camino que les da acceso.

No es esta, sin embargo, una utilización nueva, sino más bien una bien antigua que ha sobrevivido mejor que el resto a las profundas transformaciones acaecidas en las últimas cinco o seis décadas en la localidad. Del total de cuevas estudiadas, al menos 21 de ellas habrían tenido este uso (12 en el oeste y 9 en el este). De ellas 16 tienen propietario. Las otras 5 (O06, O20, O27, E15 y E20) habrían tenido este uso hace muchas décadas y, tras su abandono, han pasado a ser propiedad municipal.

Las utilizaciones de tipo económicas, como hemos visto, fueron sucumbiendo con la desaparición de la misma economía campesina de subsistencia que las hizo nacer. Pero muchas de aquellas actividades productivas estaban a veces acompañadas de celebraciones que venían a ser una recompensa colectiva al duro trabajo realizado. De entre ellas, la que tenía como escenario las cuevas, era sin duda la fabricación del vino.

La vendimia solía efectuarse en torno a la festividad del Pilar y duraba entre 5 y 7 días, según el tamaño de la explotación familiar y la cantidad de miembros de la unidad que participaran. En los días posteriores quedaba lo mejor. El proceso de pisado era a la vez la última

etapa de un año de trabajo y la celebración de que estas labores llegaban a su fin.

Al ruido de la uva chafándose se reunían a comer, cantar jotas y socializar todas las familias y amigos implicados. Se combinaba así esta actividad económica con el uso recreativo de estos espacios que ha llegado hasta nuestros días. Las y los azuarinos de comienzos del siglo XX, y seguramente los anteriores, mantenían vivo el uso de encuentro y celebración del entorno del Cabuchico que ya le dieron los bereberes con la musara y musalla, o los cristianos con el culto a San Nicolás en la ermita a él dedicada.



Marino Soriano bebiendo vino.

El mantenimiento de las cuevas como espacios de ocio y socialización lo encontramos en la mayoría de las que tienen actualmente propietario. Parece que fueron los años 80 y 90 la etapa en que este tipo de actividad tuvo una mayor intensidad. En 9 de ellas los propietarios explican que todavía se mantiene este uso de forma esporádica, como la de Gregorio «Barriles» (EO6) que reconoce un uso esporádico de una bodega heredada de sus abuelos y cuyos orígenes se encuentran, al menos, a comienzos del siglo XX. Otras, como la vecina propiedad de la familia Caraulés (EO7) tiene un uso más habitual, si bien la principal función en este caso sería la de almacén.

Los restos de esta actividad recreativa son de los mejor conservados, entre otras cosas porque se han ido arreglando o rehaciendo hasta fechas más recientes. Entre los elementos que dan cuenta se mantienen 13 bancos de obra (7 en el interior de la cueva y 6 en el exterior), 14 fogones (4 en el interior con salida para el humo y 10 adosados a la pared exterior) y dos porches en el exterior.

En cuevas como la de Jesús Lahoz (O07), que durante la década de los 80 del siglo pasado fue empleaban muy asiduamente para reunirse con amigos, sobre todo en la época estival. Incluso, para aprovechar el fresco de las noches de verano, utilizaban lamparillas de gas para iluminar el interior.

Algunas familias incluso adquirieron las cuevas directamente para esta finalidad. Es el caso de la de María José Chapartegui (O11), que la compró en los años 70 y la sometió a una intensa reforma que incluyó un banco de obra y una chimenea, a cargo de su cuñado, Joaquín Fleta Plou, albañil de profesión. Lo mismo que la cueva de Francisco Alconchel (O24), adquirida y reformada para colocar suelo de hormigón, en los años 70, para emplearse como bodega y centro de reunión.



*Acceso a la cueva EO6.*



*Frontal de la cueva de Francisco Alconchel.*

Con la de «Los Antones» (O12) sucede algo parecido. Fue adquirida en 1975 para reformarla y construir una bodega que tenía como finalidad tanto de la producción familiar de vino como la de servir de centro de reuniones y celebraciones privadas.

La de la familia Soriano (O19) también fue reformada en los años 80 con una finalidad recreativa, con un banco de obra, y en los años 90, se sustituyó la vieja puerta de madera por una de metal. En el caso del encalado de las paredes parece que es muy anterior y el mantenimiento del trujal, con un encalado anual, dejó de realizarse en 1980, el último año

en que lo emplearían. Abandonar la producción familiar no impidió, como vemos, que se siguiera manteniendo viva la cueva con reuniones y encuentros.

Los hermanos Roche (O21) la emplearon desde los años 70 para este mismo fin, poniendo una nueva puerta y el suelo de hormigón. También en los años 80 la cueva de Jesús Royo (O25) fue reformada intensamente. Se reconstruyó el trujal y se hizo el porche exterior, para su posterior empleo como bodega y centro de reunión social. En el caso de la que es propiedad de Ricardo Obón (O22) durante la década de los 80, mantuvo este uso social, pero en régimen de alquiler a un grupo de vecinos de la localidad.

Como vemos en las dos últimas décadas del siglo pasado encontramos el empleo más intenso de las cuevas como bodegas, no tanto de producción sino sobre todo de almacenamiento de vino y como espacios de celebración y encuentro. Esta utilización, sin embargo, ha venido decayendo en las dos décadas primeras del siglo XXI.

Las razones de esto son muy diversas. Desde una menor presencia, o durante estadios de tiempo más cortos, de sus propietarios y familiares en la localidad durante los meses de verano. Hasta la mejora y acondicionamiento de otros espacios destinados a estos mismos fines, como peñas, cocheras o estancias de las mismas casas, donde se celebran ahora los mismos encuentros y se dispone de comodidades y suministros –como el agua corriente y la luz eléctrica– de los que las cuevas carecen. Si bien algunas cuevas se siguen empleando para estas actividades, lo hacen muy esporádicamente, en un número contado de ocasiones al año.

Sin embargo, en los últimos años, especialmente después del confinamiento producto de

la pandemia de la covid-19, algunas cuevas han vuelto a albergar usos relacionados con el ocio y los espacios de socialización, en este caso de sectores juveniles. Grupos de chicos y chicas entre 16 y 25 años comenzaron a organizar algunas de ellas para realizar algunas fiestas improvisadas y otras, como en las fiestas patronales de 2022 muy bien organizadas –con grupo electrógeno, luces y música– en la cueva propiedad de Víctor Tejero (O17).

Este nuevo uso recreativo ha dejado algunos rastros perceptibles –restos de algún botellón o cachimbas– también en algunas cuevas de la vertiente este de muy difícil acceso –como las E9, E10, E11 y E12–, que dan cuenta de cómo son habitualmente utilizadas como lugares de encuentros de la juventud.



*Interior cueva de los hermanos Roche.*

Casi medio siglo después del auge de las bodegas y las tardes de merienda, las cuevas de Azuara podrían estar viviendo un cierto redescubrimiento reversionado por parte de los azuarinos y azuarinas más jóvenes como un espacio recreativo, alejado de la mirada adulta y de la autoridad y con un cierto tono «contra-cultural».

# 17. *A modo de conclusión*

**Como decíamos en la introducción a este trabajo**, el conjunto de cuevas y su entorno, las laderas del Cabuchico y el cauce del río Cámaras, han sido testigos de quienes poblaron el actual término municipal de Azuara desde hace casi 2.500 años.

Las condiciones naturales, espaciales y las facilidades constructivas que ofrece la masa de conglomerado que conforman el cabezo del Cabuchico, podrían haber convertido esta área en un entorno favorable para la realización de tareas económicas cuando las condiciones sociales y políticas lo permitieran.

La hipótesis de su empleo durante la «Azuara de los belos» como un posible complejo industrial cerámico y textil aprovechando la pax romana, podría abrir otras nuevas. Como que este inicio de su empleo datase o se retomase en etapas posteriores, como el campo romano regido desde las villae al comienzo de nuestra era.

Los estudios realizados sobre la red viaria romana y la cercanía de la villa de La Malena, dan cuenta de que, con talleres o sin ellos, ante el complejo de cuevas actual pasaron durante siglos caravanas, soldados y correos de la época imperial.

La datación y estudio de los restos de muros, las piezas cerámicas y las pesas allí encontradas y el testar de San Nicolás, así como otras iniciativas arqueológicas, podrían arrojar luz sobre estas hipótesis. Ojalá estas sirvan, al menos, para promover y resaltar la necesidad de futuras investigaciones.

En la Zvara bereber el entorno y la proximidad de la makbara hace posible que en los cantiles del río Cámara situados a los pies de las cuevas se reunieran sus pobladores en los espacios de la musara y musalla. Un uso social colectivo que pudo haberse mantenido, mediante prácticas religiosas en torno a la ermita de San Nicolás, en la Azuara cristiana.

La vida intramuros de las villas medievales, modernas y hasta de la etapa contemporánea –protegiéndose así de la actividad bandolera– pudo haber hecho decaer la actividad y utilización de este entorno natural.

Sin embargo, el relativo ascenso agrario que se vivirá con las medidas modernizadoras de la propiedad de la tierra en el siglo XIX, llevaría a la localidad a salir de las murallas, abrir nuevos barrios, y posiblemente –como queda constatado ya en el siglo XX– a establecer parte de la actividad económica en pajares fuera de la villa y las propias cuevas.

Esta economía campesina de subsistencia, que se mantuvo hasta prácticamente hasta los años 60 del siglo pasado, es la que mejor hemos podido documentar por medio de los testimonios orales, censos y documentos privados. Cuevas que servían de almacén, de cuadras y, sobre todo, de bodegas.

El hecho de que el tipo de economía no hubiera sufrido grandes variaciones desde hacía siglos, hace plausible considerar que estas oquedades artificiales se podrían haber utilizado y transmitidos desde muchas generaciones atrás. Que no hayamos podido lograr averiguar el año de construcción de ninguna de ellas, nos habla de una procedencia generalizada anterior a los comienzos del siglo pasado.

Además de ser testimonio de la manera en que se ganaron la vida las familias azuarinas, su llegada a nuestros días en manos de sus herederos da cuenta de la sobrevivencia de un elemento comunitarista que fue clave para la economía de este campesinado pobre. Los comunales y propios, en manos de las corporaciones locales, jugaron un papel fundamental en la supervivencia y la relativa prosperidad de villas como Azuara.

Los procesos desamortizadores del siglo XIX, la crisis de la agricultura tradicional y las demás transformaciones sociales y demográficas, han dejado muy pocos restos perceptibles de aquel régimen de propiedad tan particular, basado más en la costumbre que en el derecho formal. La transmisión y tenencia de las cuevas serían una reseñable excepción.

También las cuevas constituyen un elemento de memoria colectiva importante sobre uno de los acontecimientos más trascendentes de la historia reciente: la guerra civil. Presente en el imaginario colectivo de los azuarinos y azuarinas, las cuevas nos hablan de supervivencia, solidaridad y búsqueda de protección de lo común ante un tipo de guerra venida desde los cielos que entonces era novedad y hoy es, lamentablemente, norma en todos los conflictos presentes.

Desde mediados del siglo XX, Azuara, como el resto del entorno rural español, cambió a golpe de modernización agraria y éxodo a las grandes

ciudades. Una transformación que dejó huella en los cambios de uso de las cuevas. Ni el ganado equino seguía siendo necesario para la agricultura, ni el nuevo utillaje mecanizado tenía cabida en ellas.

Pero aquellas transformaciones no fueron solo sociales o económicas, sino también políticas. La década de los 70 como momento de transformación, encontró en el conjunto de cuevas un espacio inspirador para los y las jóvenes de la Comuna, anhelaban un cambio profundo y, a la vez, se resistían a la desaparición y despoblamiento que empezaba a golpear al mundo rural.

La fabricación de vino de consumo familiar sobrevivió algo más, para terminar, dejando paso a la elaboración o adquisición de este en bodegas y cooperativas. Lo que sí logró mantenerse, y hasta tener un cierto reverdecer intenso en los años 80 y 90, fue el empleo de las cuevas como centros de socialización y encuentro entre familias y amigos. No era un uso nuevo, pues también los campesinos de la agricultura de subsistencia encontraban momentos y espacios para divertirse. Las cuevas y el fin de la vendimia habían sido y siguieron siendo uno de ellos.

Sin embargo, hasta este último uso sobreviviente ha venido retrocediendo en los últimos años. La mejora de otros espacios, como peñas, cocheras o domicilios, en la localidad, ha ido poco a poco sustituyendo a las bodegas de las cuevas. Incluso hasta las que resisten, lo hacen con una actividad muy episódica y puntual.

Esta caída en desuso es parte de las razones que nos explican que una parte tan valiosa del patrimonio de Azuara se encuentre en un estado de semiabandono y mala conservación. Recuperarlo, consolidarlo y activarlo, es parte de la protección de un legado material e inmaterial de alto valor.

Un testimonio excavado en la tierra de como trabajaron, se ayudaron, se relacionaron, se divertieron... En definitiva, de cómo vivieron las familias azuarinas de muchos de los que hoy

viven o tienen parte de sus raíces aquí, que merece la pena ser conocido, para poder ser valorado y poder ser protegido.



Vista aérea del conjunto de cuevas del lado Este.



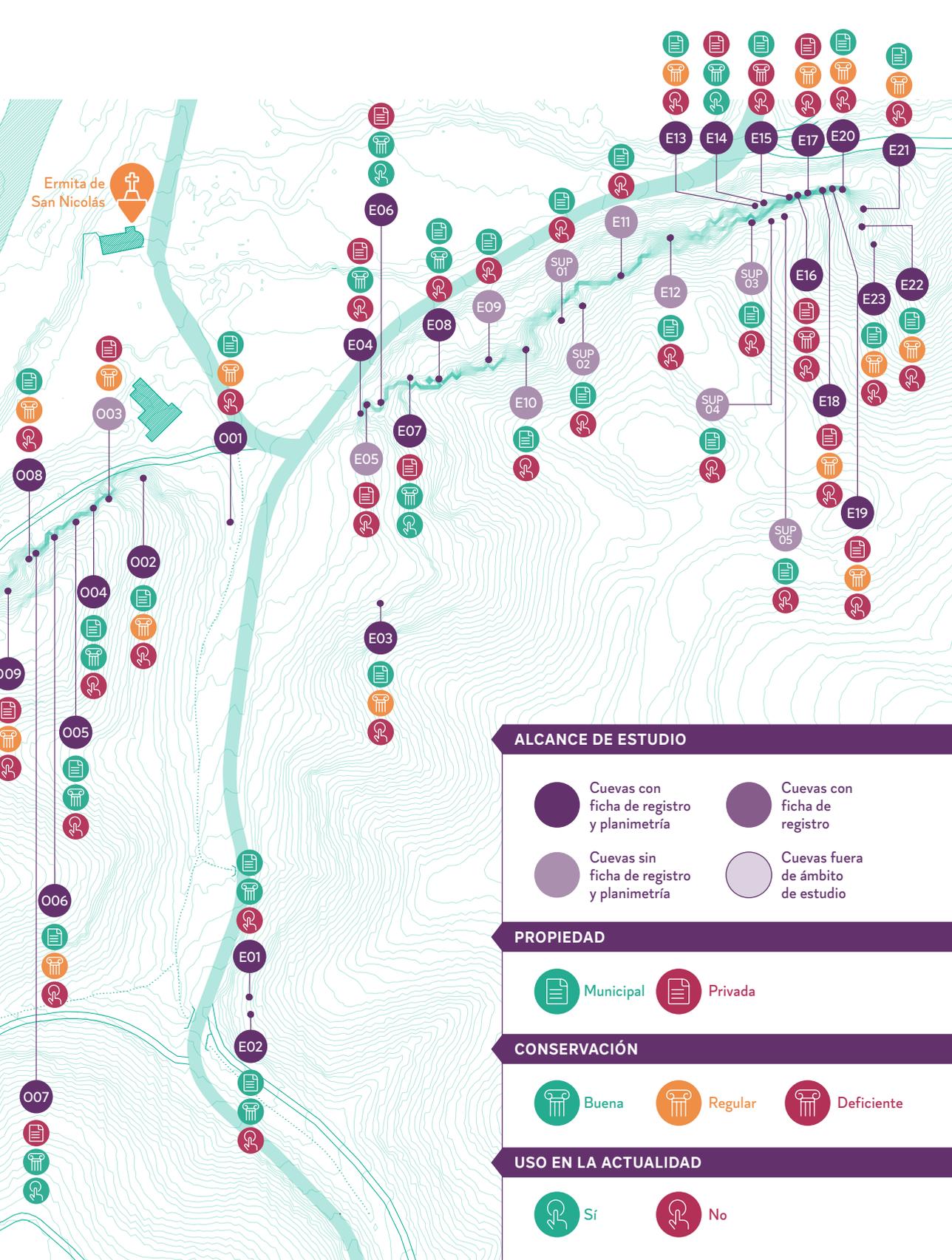
# Notas:

- 1.** Burillo Mozota, Francisco. «Oppida y «ciudades estado» celtíberos. Centro de Estudios Celtíberos de Segeda. Universidad de Zaragoza. Teruel. 2011
- 2.** Burillo Mozota, Francisco. «Los Celtíberos. Etnias y estados». Crítica. Barcelona. 2007
- 3.** García-Bellido, María Paz; Cruces Blázquez. «Diccionario de Cecas y Pueblos Hispánicos». Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid 2001
- 4.** Salinas de Frías, Manuela. «Los pueblos prerromanos de la península ibérica». Akal. Madrid. 2006
- 5.** Burillo Mozota, Francisco. «Segeda. La ciudad que cambió el calendario». Fundación Segeda. 200
- 6.** Roldán Hervas, José. «Historia de Roma». Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca 1995
- 7.** Se conoce como testar al depósito de restos de cerámica rota producidos durante su fabricación.
- 8.** Roldán Hervas, José. «Historia de Roma». Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca 1995
- 9.** Magallón Botaya, María Ángeles. «La red viaria romana en Aragón». Tesis Doctoral. Universidad de Zaragoza. Zaragoza, 1986.
- 10.** Arenillas, Miguel; Hereza Domínguez, José Íñigo; Jaime Dillet, Fernando; Díaz-Guerra Jaén, Carmen; Costés Gimeno, Rafael. «La presa romana de Almonacid de la Cuba y otros aprovechamientos antiguos del río Aguasvivas». Revista de Obras Públicas. Madrid, 1995.
- 11.** Pelegrín Guiral, Carmen; Zarzalejos Prieto, Mar; San Nicolás Pedráz, María Pilar. «Arqueología de Roma». UNED. Madrid, 2008.
- 12.** Bajo Álvarez, Fe. «Los últimos hispanorromanos». Historia 16. Madrid, 1995

- 13.** García de Cortázar, José Ángel; Sesma Muñoz, José Ángel. «Historia de la Edad Media» Alianza Editorial, Madrid, 2001
- 14.** Viguera, María Jesús. «Aragón musulmán». Editorial Librería General. Madrid, 1981.
- 15.** Corral, José Luis. «El sistema urbano en la Marca Superior de Al-Andalus»; Epalza, Mikel. «El Islam aragonés, un islam de frontera». Turiaso. Tarazona, 1981.
- 16.** Sesma Muñoz, Jose Antoni; Laliena Corbera, Carlos; Juan Fernando Utrilla Utrilla. «Regadíos andalusíes en el valle medio del Ebro: el ejemplo del río Aguasvivas». Actas de coloquio. Almería, 1995.
- 17.** Corriente, F. «Toponimia hispanoárabe» en Aragón (Marca Superior)». Turiaso. Tarazona, 1987.
- 18.** Aida Youssef Hoteit. «Cultura, espacio y organización urbana en la ciudad islámica». Cuadernos de Investigación Urbanística. Madrid, 1993.
- 19.** Lacarra, José María «Aragón en el pasado. Zaragoza». Zaragoza, 1960
- 20.** Ledesma Rubio, María Luisa, «Población mudéjar en Aragón». Atlas de Historia de Aragón. Zaragoza, 1991
- 21.** «La Comunidad de Daroca: plenitud y crisis (1500-1837)» Centro de Estudios Daroquenses. Institución Fernando el Católico. Diputación Provincial de Zaragoza. Daroca, 1993.
- 22.** Ansón Calvo, María del Carmen «Azuara y su población según la fogueación de 1647». Conferencia pronunciada en la Semana Cultural de Azuara de 1985.
- 23.** Moreno del Rincón, Encarna. «La desamortización de Madoz en la provincia de Zaragoza». Institución Fernando el Católico. Zaragoza, 2018
- 24.** Marco, Miquel. «Senderos de lucha. Vida de un guerrillero de Azuara: Doroteo Ibáñez». Huesca, 2004
- 25.** Las número 05, 06, 08, 11, 14, 15, 16, 17, 19 y 20.
- 26.** Las número 6, 8, 10, 11, 14, 16, 17, 19 y 20.
- 27.** Las números 15 (propiedad del ayuntamiento), 11, 15, 16, 17 y 20.
- 28.** Marco, Miquel. «Senderos de lucha. Vida de un guerrillero de Azuara: Doroteo Ibáñez». Huesca, 2004

# Mapa de las cuevas





# Anexos del mapa

001



002



003



004



005



006



007



008



009



010



011



012



013



014



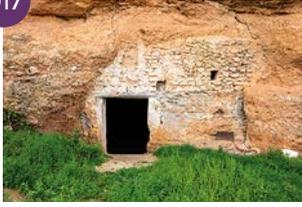
015



016



017



018



019



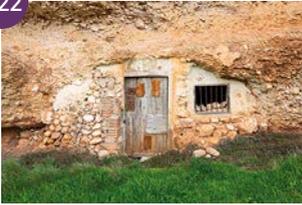
020



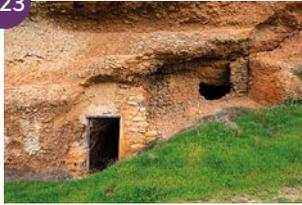
021



022



023



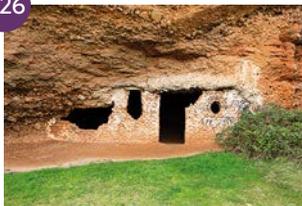
024



025



026



027



028



029



030



031



032



033



# Anexos del mapa

034



035



036



037



038



039



040



041



042



043



044



045



046



047



048



O49



O50



O51



E01



E02



E03



E04



E05



E06



E07



E08



E09



E10



E11



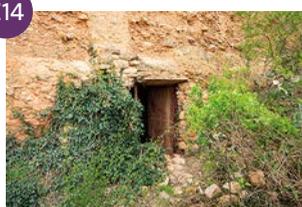
E12



E13



E14



E15



# Anexos del mapa







# La Asociación **AVIROMA** y su proyecto **Hazal**

Las vecinas y vecinos de Azuara formamos AVIROMA en 2017 porque el proceso de recuperación del yacimiento de La Malena llevaba 25 años parado. Creemos que la activación de nuestro patrimonio es la clave para afirmar nuestra identidad y prosperar en lo cultural, social y económico.

Con AVIROMA recuperamos la memoria y construimos futuro en comunidad. Nuestro patrimonio y nuestra cultura son las mejores armas para defendernos de la despoblación y habitar un territorio más vivo.

Desde AVIROMA, proponemos nuevos métodos y herramientas, e impulsamos proyectos como Hazal, un innovador sistema de gestión del patrimonio ideado por Grupo GEN Arquitectura para aplicarse en municipios en riesgo de extinción. Se persigue conseguir territorios más activos en base a un desarrollo colaborativo y sostenible.

Hazal es la aplicación práctica de estas acciones para activar el patrimonio: recordarlo, recuperarlo, reformularlo y, sobre todo, utilizarlo. Las vecinas y vecinos de Azuara somos los protagonistas de esta nueva solución basada en la estrategia, la flexibilidad y la colaboración. Actuamos hoy, actuamos aquí, actuamos todos.

ISBN 978-84-8321-581-4

